

**Proceso y procedimientos llevados a cabo desde el momento que  
acontece la muerte hasta que tiene lugar el sepelio, desde finales del  
siglo XIX hasta la actualidad**

**Sandra Sánchez García**

Director: Adolfo García Martínez  
Máster en Historia y Análisis Sociocultural

# ÍNDICE

<b>I.</b>	<b>INTRODUCCIÓN GENERAL</b> .....	1
<b>II.</b>	<b>OBJETIVOS, PROCEDIMIENTOS, MATERIALES Y MÉTODOS</b> .....	3
<b>III.</b>	<b>ACERCAMIENTO AL RITUAL FUNERARIO EN LOS SIGLOS XVIII Y XIX</b> .....	7
	<b>3.1. Introducción a la mentalidad en torno a la muerte</b> .....	7
	<b>3.2. Inicio de la muerte contemporánea</b> .....	11
	3.2.1. Cambios que se producen .....	13
	3.2.2. Descontextualización y desacralización .....	14
	3.2.3. Fases o etapas .....	15
<b>IV.</b>	<b>PLENITUD DE LA MUERTE CONTEMPORÁNEA: EL RITUAL FUNERARIO DESDE EL ÚLTIMO CUARTO DEL SIGLO XIX HASTA NUESTROS DÍAS</b> .....	17
	<b>4.1. Introducción</b> .....	17
	<b>4.2. Transición hacia el siglo XX</b> .....	18
	<b>4.3. La muerte como rito de paso a partir del siglo XX</b> .....	22
	4.3.1. Lugar de la muerte .....	25
	4.3.2. Funerales y enterramientos .....	27
	♦ Católicos .....	27
	• Zona urbana .....	27
	<i>El caso de la ciudadela de Capua</i> .....	32
	• Zona periurbana .....	33
	♦ Civiles .....	37
	<i>Sobre el funeral masónico</i> .....	43
	4.3.3. El uso de pañideras .....	44
	4.3.4. Comportamientos relacionados con el cadáver .....	44
	4.3.5. Duelo .....	47
	4.3.6. <i>Consolo</i> y banquete fúnebre .....	49
	4.3.7. Luto .....	50
	<b>4.4. El avance hacia el siglo XXI</b> .....	53
<b>V.</b>	<b>CONCLUSIONES</b> .....	56
<b>VI.</b>	<b>FUENTES</b> .....	63

<b>VII. BIBLIOGRAFÍA</b> .....	66
<b>VIII. ANEXO</b> .....	69
- <b>Fondo fotográfico</b> .....	69
- <b>Fondo cartográfico</b> .....	77
- <b>Fondo hemerográfico</b> .....	79

## **I. INTRODUCCIÓN GENERAL**

El presente Trabajo Fin de Máster está consagrado al estudio del ritual funerario en el municipio de Gijón. Esta investigación se plantea desde el punto de vista antropológico y etnográfico, tratando el ritual como un rito de paso. Además, el estudio ofrece una panorámica sobre la mentalidad en torno a la muerte, resultando un elemento para el grueso de las indagaciones posteriores que aquí se plasman. El marco histórico que comprende el estudio engloba principalmente lo acaecido en materia funeraria desde el último tercio del siglo XIX hasta la actualidad. Tal cronología ha sido escogida a raíz de que la primera necrópolis general del municipio, el cementerio de Ceaes-El Sucu, había sido construida en 1875. Este nuevo emplazamiento para acoger los restos mortales de los gijoneses, marcó de manera importante los rituales funerarios que tuvieron lugar a lo largo de las calles de la urbe.

Durante todo el trabajo se busca explicar la evolución que se presta de la relación existente entre las prácticas funerarias y el transcurso del tiempo, lo cual dará lugar a un complejo entramado de rituales dentro del ámbito funerario. Por lo tanto, se debe focalizar nuestra atención al marco histórico-geográfico que se trata, pues a la hora de establecer relaciones con el panorama europeo debemos tener en cuenta cierta franja temporal de retraso respecto a los países centroeuropeos, con la que llegaron a Gijón las cuestiones tratadas.

Por ello, a pesar de encontrar ciertas bases a lo largo del proceso estudiado, primeramente debemos entender la mentalidad que gira alrededor de la muerte y del hecho como variable, a razón del individuo, de la época histórica, de la región geográfica y de todos los factores que afecta a esa, llamémosla franja sociohistórica. Es por este motivo por el que, a pesar de existir unos patrones fijos para un determinado momento, las peculiares tienen una cabida importante en todas las épocas y en todos los casos. A lo largo de esta investigación han surgido ejemplos realmente interesantes que merece una especial distinción, quedando patente, de esta manera, que en cuanto nos referimos a materia funeraria no podemos determinar aún la existencia de nada previamente determinado ni concreto.

A lo largo del estudio veremos que con cada ritual funerario, cuando todavía existían las cláusulas testamentarias, era el individuo quien elegía sus propias exequias a tenor de su escala social. Con el paso del tiempo, cuando el uso de éstas se iba paulatinamente abandonando, todo terminaba por delegarse en los miembros de la familia, quienes buscando honrar al difunto celebrarán unos funerales, si me lo permiten, por todo lo alto. Estos funerales son los que se conocen comúnmente como pompas fúnebres, pues toda la pomposidad y carga social que derrochan, serán una de sus principales características que veremos en los capítulos posteriores.

Finalmente, este trabajo invita también a reflexionar sobre los límites físicos y psicológicos que se suscitan a raíz de los diferentes rituales funerarios. Debemos por ello tener presente de que el hecho físico de la muerte es común a todos los seres vivos, pero debemos tratarlo y entenderlo como un hecho social. Por este motivo, a pesar de que la muerte sea el único hecho que nos pueda individualizar como personas y éste acontecimiento se produzca, paradójicamente, al final de nuestra existencia, nuestros funerales aún tendrán la carga y posición de nuestra persona en vida.

Es quizás las reflexiones que giran en torno a este entramado de teorías, discursos e investigaciones lo que ha determinado mi atracción hacia el tema a tratar. La premisa común a todos los estudios y a todas las épocas es que la muerte resulta ser una verdad y una realidad latentes en todos los seres humanos. Determina y condiciona nuestra existencia y, en ocasiones, el modo de vivirla. El hecho de que la vida carezca de sentido bajo la ausencia de la muerte es uno de los postulados que ha formado parte de las muchas motivaciones a la hora de realizar esta investigación, además de resultar una fiel certeza y condicionante para todo ser humano.

## II. OBJETIVOS, PROCEDIMIENTOS, MATERIALES Y MÉTODOS

“Proceso y procedimientos llevados a cabo desde el momento que acontece la muerte hasta que tiene lugar el sepelio, desde finales del siglo XIX hasta la actualidad”, bajo este título se busca dar cabida a todos los acontecimientos y rituales que se llevan a cabo durante el periodo de duelo hasta la inhumación en un camposanto. Como ya había explicado en el capítulo anterior, la ciudad objeto de estudio es Gijón, perteneciente a la provincia de Asturias. A lo largo de todo este trabajo, se explicarán no sólo el proceso funerario y todos los procedimientos que se llevan a cabo, sino también los pasos previos y los rituales que se originan tras el sepelio. Principalmente, el motivo por el que este estudio termina por rebasar los límites entre el óbito y el sepelio radica en que las causas y las consecuencias de los hechos que se desempeñan en esta franja temporal no se pueden entender en toda su complejidad si los estudiamos como procesos aislados. Es por ello relevante llevar a cabo el estudio a partir de los hechos que tienen lugar antes del óbito y continuar el análisis una vez traspasado el sepelio. Llegados a este punto, es importante destacar que todo el proceso funerario tendrá su máximo apogeo al rebasar el sepelio, pues todos los procesos acaecidos durante el ritual anterior, derivarán en un hecho interesante desde el punto de vista antropológico en relación con los ritos de paso: el luto. Por esta cuestión, el objetivo primario de esta investigación supone desentrañar y tratar de entender todo el complejo ritual funerario así como la evolución que nos plantean todos los datos recogidos.

Para llevar a cabo dicha tarea fue necesario sumergirse en la historiografía que atañe al ámbito de la muerte. Hubo un primer acercamiento al discurso sobre la mentalidad funeraria pero, principalmente, se han manejado obras concernientes al ámbito europeo y mediterráneo. Inicialmente, teniendo en cuenta la zona geográfica de la que se ocupa este estudio, fue necesario hacer especial hincapié en todos los postulados, a nivel general, del ámbito de la muerte como ritual funerario. Asimismo, fue también relevante dar cuenta del marco cronológico que se trata, pues el discurso sobre la mentalidad entorno a la muerte dejaba unas precisas pistas sobre la desacralización y la evolución del rito funerario a partir del siglo XVIII. Este hecho, junto con otros muchos que se explicarán en los capítulos siguientes, se muestra de

manera clara, por lo que es posible establecer una relación entre lo que ocurría en el marco europeo y en la ciudad objeto de estudio.

De igual manera, en todo el trabajo se trata el ritual de la muerte desde el punto de vista antropológico, etnográfico, sociológico, tanatológico, histórico y geográfico. Aunque, de manera notoria, se hará especial acentuación al primero de los citados, pues es la base de este Trabajo Fin de Máster.

A partir de este momento y contando con una visión amplia y nítida de los conceptos a desarrollar, se trató de estudiar la evolución que suscitó todo el ritual desde finales del siglo XVIII hasta la actualidad en la ciudad de Gijón. Para poder llevar a cabo esta labor, un requisito imprescindible fue la realización de un previo trabajo de campo. Éste consistió en conocer y estudiar todos los cementerios del municipio, pues fueron el lugar destino de la mayoría de los enterramientos registrados en la localidad. Se llevó un estudio tanto de los cementerios municipales como de los parroquiales, atendiendo principalmente a las fechas de construcción, ampliación, remodelación y, en algunos casos en los que el cementerio fue desmantelado, hubo que ahondar en los expedientes. Este primer trabajo de campo me llevó a la consulta de multitud de expedientes sobre los cementerios municipales de Gijón en el Archivo Municipal. Para los cementerios parroquiales hubo que acudir al Archivo Histórico Diocesano de Oviedo. En éste último se consultaron los Libros de Difuntos y los Libros de Fábrica, que ofrecían unos importantes datos acerca de los cementerios y los registros de defunción. Asimismo, se realizó una búsqueda dentro del fondo fotográfico del Museo del Pueblo de Asturias, de funerales y comitivas fúnebres en su paso por las calles gijonesas, además de consultar el fondo documental del mismo.

Paralelamente a estas labores, se realizó un vaciado de la prensa asturiana desde sus inicios hasta la actualidad. Algunos periódicos, como *El Noroeste*, reseñaban algunos funerales relevantes que habían tenido lugar en la ciudad, siendo una fuente hemerográfica de gran interés. La prensa asturiana, en general, fue determinante para establecer el recorrido de la comitiva fúnebre a través de las calles de la ciudad, además de arrojar luz sobre algunos casos concretos y sus respectivas peculiaridades.

Llegado a este punto, fue necesario contar con algunos testimonios relevantes. Uno que resultó clave para la investigación fue el prestado por Onofre Canal Álvarez, enterrador de la parroquia de Fano. El otro, no menos relevante, fue el ofrecido por

Manuel Coya Señor, encargado de la empresa Funeraria Gijonesa S. A. Ambos daban cuenta de cómo se desempeñaba todo el ceremonial en el ámbito rural y cómo ocurría a partir de la última década del siglo XX, respectivamente.

En el analítico compendio sobre el ritual funerario en Gijón en la cronología determinada, que se desarrolla en las líneas posteriores y estructurado en tres capítulos, se explica en un primer momento la transición y la evolución que surge en el ritual funerario, abordando todos los elementos que lo componen. Es por ello relevante incluir este primer apartado donde se explica lo concerniente al siglo XVIII y cómo a partir de entonces, el proceso inicia una paulatina evolución que culminó en un auge y exaltación de la muerte durante los funerales gijoneses del siglo XX.

Alejados de los cánones victorianos dominantes en el mundo anglosajón, los procedimientos y procesos desempeñados a lo largo de los funerales asturianos, y más concretamente los del ámbito gijonés, poseen ciertas similitudes con los funerales del mundo mediterráneo. Esta conexión es relevante para establecer ciertas bases y hechos comunes a lo largo del ritual, pues el minucioso estudio nos ayuda a descubrir similitudes y peculiaridades de todo un complejo ceremonial que parece no tener fin a pesar del transcurso de las épocas. Estas premisas aplicadas a la investigación serán las que abordaremos en esta primera parte.

El capítulo central del discurso atañe a todo el proceso funerario que tiene lugar desde el último tercio del siglo XIX hasta la actualidad dentro de los límites del municipio de Gijón. A lo largo de todo este apartado se verán prácticas, rezos, procesiones, costumbres y tradiciones, manifestaciones de duelo y su posterior luto, comportamientos relacionados con el cadáver y, finalmente, enterramientos, relacionados con el marco geográfico que ocupa la investigación. Asimismo, todas las prácticas que se llevan a cabo se entroncan con las bases comunes del ritual funerario dentro del ámbito mediterráneo, ya mencionado. A partir de los datos obtenidos, una conclusión sobre esta franja histórica pone fin a este apartado central.

Finalmente, con todo el grueso de la investigación ya planteado y desarrollado, unas conclusiones generales a todo el trabajo y al elaborado estudio, ponen el broche final a este Trabajo Fin de Máster. Este apartado final recoge un análisis de toda la



evolución y los procesos que se explican a lo largo de los dos primeros capítulos, haciendo especial énfasis en el rápido cambio que surge a medida que nos acercamos al tiempo actual. Por último, toda la reflexión surgida aquí será motivo de ciertos planteamientos y cuestiones sobre la rápida evolución que parece acontecer en el ritual funerario de nuestros días.

Por último y no restándole toda la importancia que se merece, estas líneas finales del capítulo se las dedico a todos aquellos que en mayor o en menor medida han contribuido con su aportación a este Trabajo Fin de Máster. Asimismo, dentro de este apartado tienen una meritoria mención aquellos que durante la elaboración de este estudio han tenido una dosis —más que especial— de paciencia y comprensión hacia mí y el estudio que planteo en estas líneas.

### III. ACERCAMIENTO AL RITUAL FUNERARIO EN LOS SIGLOS XVIII Y XIX

#### 3.1. Introducción a la mentalidad en torno a la muerte

Como ya decía Voltaire en el elogio fúnebre de Luis XV, del 25 de mayo de 1774, la muerte es común a todos los hombres y *todos* lo sabemos. Este acontecimiento, en palabras de Nigel Barley, actúa como frontera delimitadora y definidora de los dos extremos de la condición humana<sup>1</sup>. Por consiguiente, nuestros comportamientos ante la muerte —como el hecho de enterrar a los finados— determinan nuestro estado de cultura, diferenciándolo de la naturaleza biológica implícita en todos los seres vivos<sup>2</sup>.

En vista de estas afirmaciones podemos determinar que la muerte es un hecho importante, significativo y común a todas las culturas y a todos los humanos<sup>3</sup>. Partiendo de esta elemental base, debemos comprender y prestar atención al sinfín de variantes, prácticas y rituales que tienen lugar una vez se produce el hecho físico de la defunción. Por este motivo, es relevante también, no obviar toda la gran evolución histórica que se ha producido a lo largo de los siglos en relación a la mentalidad que atañe el campo de la muerte. Paulatinamente, ésta fue experimentando cambios y transformaciones intrínsecamente condicionadas por el lugar, la cultura y el momento determinado por el paso de la historia. La cultura occidental, la cual es objeto de este estudio, ha pasado por sucesivas modificaciones en cuanto al plano funerario se refiere. El periodo sometido a estudio comienza a partir de las décadas finales del siglo XVIII, pues en estos momentos tiene lugar un acontecimiento clave para toda la investigación: la creación del cementerio contemporáneo. Este recinto resulta determinante para comprender todo el ritual y la mentalidad contemporánea que envuelve a la mortalidad, pues será, a partir de entonces, el lugar para el destino eterno de los finados. Aunque su creación no supuso una ruptura total o pérdida del ritual funerario, sí es posible determinar que ocasionó ciertos cambios y variantes en su transcurso. En España, al igual que en Europa, el resurgir del cementerio viene derivado de los propósitos higienistas de los ilustrados y gobernantes a raíz de las epidemias que habían asolado

---

<sup>1</sup> Nigel BARLEY., *Bailando sobre la tumba*, Barcelona, Crónicas Anagrama, 2000. P. 17.

<sup>2</sup> Jorge VICENTE ARREGUI, *El horror de morir. El valor de la muerte en la vida humana*, Barcelona, Tibidabo Edicions, 1992. P. 321.

<sup>3</sup> Existen varios estudios dedicados a la comprensión y reflexión sobre el momento exacto en el que se produce la defunción. Es especialmente recomendable consultar el capítulo titulado “La muerte física y la muerte biológica” en Louis-Vincent THOMAS, *Anthropologie de la mort*, París, Payot, 1980.

toda la región. El monarca español, Carlos III, dictaminó en 1787 una Real Cédula<sup>4</sup> que promovía el restablecimiento de los camposantos en todo el país, además de prohibir las inhumaciones en el interior de los templos<sup>5</sup>. Es en este momento cuando el ritual funerario se incorpora al cementerio, extendiéndose y prolongándose el culto en estos recintos, incluso después del momento de la inhumación del cadáver. El siglo XVIII trajo consigo, además del restablecimiento de las necrópolis en los países europeos, un sentido nuevo a la muerte<sup>6</sup>. El historiador francés Philippe Ariès postula que el primer cambio importante que se produce a finales de este siglo fue “la complacencia en la idea de la muerte”<sup>7</sup>. Además, es muy notable también el canje en materia de testamentos en todo el territorio occidental, pues “el documento quedó reducido a un acto legal de distribución de las fortunas”<sup>8</sup>. La principal causa de este desvanecimiento de la muerte y la sencillez en la que se vio envuelta con el transcurso del tiempo, concretamente a partir del siglo XVIII, “se debe tanto a un sentimiento de la Naturaleza como a una influencia directa del cristianismo”<sup>9</sup>.

Una afirmación clave para entender el posterior discurso radica en la mentalidad que atañe a la muerte. Ésta, a pesar de todas las transformaciones que padeció a lo largo de la historia, siempre ha estado ligada a la sociedad, lo cual determina a su vez el hecho de la muerte como un acontecimiento social y público<sup>10</sup>. Por esta cuestión debemos tener en cuenta que “la muerte surge de la misma naturaleza como de la cultura; por tanto, la muerte es social y cultural”<sup>11</sup>.

La zona sometida a estudio, la pequeña ciudad asturiana de Gijón, contó con el primer cementerio contemporáneo a finales del siglo XVIII, concretamente en 1798. Esta necrópolis estaba ubicada en un lateral de la iglesia de San Pedro, en las

---

<sup>4</sup> REAL CÉDULA de S. M. y Señores del Consejo en que por punto general se manda restablecer el uso de los cementerios ventilados para sepultar los cadáveres de los fieles y que se observe la Ley II, Tit. 13 de la Partida Primera, que trata de los que podrán enterrarse en las iglesias, con las condiciones y declaraciones que se expresan, D. Pedro Marín, Madrid, 1787.

<sup>5</sup> Para un estado de la cuestión acerca del restablecimiento de los cementerios y el marco legislativo en España, consultar Carmen BERMEJO LORENZO, *Arte y arquitectura funeraria. Los cementerios de Asturias, Cantabria y Vizcaya (1787 – 1936)*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1998. Pp. 17-46.

<sup>6</sup> Philippe ARIÈS, *Historia de la muerte en Occidente. Desde la Edad Media hasta nuestros días*, Barcelona, Acantilado, 2000. P. 63.

<sup>7</sup> *Op. cit.* Philippe ARIÈS, *Historia de la muerte en Occidente...*, p. 68.

<sup>8</sup> *Op. cit.* Philippe ARIÈS, *Historia de la muerte en Occidente...*, p. 69.

<sup>9</sup> Philippe ARIÈS, *El hombre ante la muerte*, Madrid, Taurus, 1987. Pp. 269-273.

<sup>10</sup> *Op. cit.* Philippe ARIÈS, *El hombre ante...*, p. 465.

<sup>11</sup> Rafael Enrique AGUILERA PORTALES Y Joaquín GONZÁLEZ CRUZ, “La muerte como límite antropológico. El problema del sentido de la existencia humana”, en *Gazeta de Antropología*, nº 25(2), 2009, artículo 56.

inmediaciones de Campo Valdés. Pero el pecaminoso estado en el que se fue encontrando este originario cementerio a causa de una epidemia de cólera morbo que había asolado la región astur en 1834<sup>12</sup>, hizo necesaria, con cierta inmediatez, la construcción de un nuevo camposanto. Debido a ciertos trámites burocráticos y la dificultad de encontrar un terreno apropiado, el vigente cementerio fue remodelado en 1849, dando lugar al cementerio de La Visitación, ubicado también en Campo Valdés, concretamente en este caso en la finca de Llanos<sup>13</sup>. Este recinto cementerial sirvió a la ciudad gijonesa hasta que su falta de espacio derivó, en 1875, en la construcción del cementerio de Ceares-El Suco. Este nuevo recinto inhumatorio fue clave en los rituales funerarios que atañen al siglo XX, pues el recorrido procesional se vio alterado, ya que a partir del último cuarto del siglo XX, los finados pasaron de enterrarse en La Visitación a recibir sepultura en el cementerio general de Ceares. Como se explicará posteriormente, además de estos cambios, se explicarán también los rituales respectivos que se efectuaban en las zonas periurbanas del municipio de Gijón, pues cada uno de ellos contaba con sendos cementerios parroquiales. Si bien es cierto, muchos de ellos, a causa de la falta de espacio, contaron también con cementerios municipales construidos durante el primer cuarto del siglo XX. Estas nuevas construcciones cambiaron también el curso de las procesiones, pues si el cementerio parroquial se encontraba adosado a la iglesia donde se oficiaban las misas fúnebres, ahora, el cementerio municipal se encontraba en una ubicación más alejada, lo que permitía una nueva procesión hasta el lugar donde tendría lugar la inhumación

Toda esta evolución se verá reflejada en el trabajo, de tal manera que es relevante a la vez que determinante comenzar por los inicios de los rituales funerarios contemporáneos de finales del siglo XVIII, estableciendo similitudes y diferencias con los cambios y desarrollos que se comenzaban a originar en la región asturiana, a la vez que sucedía lo propio en el territorio español y, como posterior condicionante, el marco europeo.

Inicialmente, para comenzar un estudio sobre los ritos funerarios y los procesos que atañen al acontecimiento último del ser humano, la muerte, es necesario

---

<sup>12</sup> Con cierta anterioridad, la ciudad gijonesa había experimentado brotes epidémicos de fiebres pútridas en 1804. José M<sup>a</sup> MORO BARREÑADA, *Las epidemias de cólera en la Asturias del siglo XIX*, Universidad de Oviedo, 2003. Pp. 29, 155.

<sup>13</sup> Archivo Municipal de Gijón. Expediente 7. Año 1847. *Sitios para enterramiento en el nuevo Cementerio de Santa Catalina*.

conocer previamente algunos de los postulados y razonamientos, así como pensamientos relacionados con la mentalidad funeraria. Se debe por ello tener muy presente un hecho relevante que ya afirmaba Michel Vovelle: “hay que evitar un «modelo» de la historia de la muerte”<sup>14</sup>. En una primera instancia, es conveniente puntualizar los tipos de muertes que existen, pues para la mayoría de las culturas el tipo de defunción que se produzca será determinante para llevar a cabo unos procedimientos u otros.

María Cátedra establecía que había tres clases de muerte: la buena muerte, la mala muerte y la muerte desgraciada<sup>15</sup>. La buena, sería aquella en la que el desenlace se produce con cierta premura, además de encontrarse en continuidad con el ciclo general de la naturaleza<sup>16</sup>. La segunda, sería aquella muerte en la que el finado experimenta una lenta y sufrida agonía. Por último, la muerte desgraciada suele estar asociada con una muerte violenta, en ocasiones producida mediante el suicidio o el asesinato<sup>17</sup>.

Por su parte, Louis-Vincent Thomas dictaminaba su propia clasificación de los tipos de muerte: “buena o mala, violenta o súbita, con o sin coma”<sup>18</sup>. Para el investigador francés, además de las variantes propias de cada lugar, época o condiciones de vida, el tipo de muerte que se producía solía determinar también el tipo de ritual y tratamientos que se efectuaban posteriormente con el difunto. Asimismo, las relaciones y los lazos afectivos que se tuviesen con el finado serían muy relevantes en todo el proceso del ritual funerario, además de rasgos intrínsecos al cadáver, como la edad, el sexo o la clase social.

Resulta también interesante mencionar cómo la literatura ha influido decisivamente en el campo de la mentalidad funeraria, pues a finales del siglo XVIII arraigan las ideas negras a la vez que se produce el desarrollo del “teatro de la crueldad del marqués de Sade, la novela negra, la atención nostálgica a los cementerios”<sup>19</sup>. Posteriormente, en el paso transitorio del siglo XIX al XX tuvo lugar la idea de la complacencia de la muerte, coincidiendo con la época de los simbolistas y de los

---

<sup>14</sup> Michelle VOVELLE, *Ideologías y mentalidades*, Barcelona, Ariel-Historia, 1985. P. 101.

<sup>15</sup> María CÁTEDRA TOMÁS, *La muerte y otros mundos*, Gijón, Ed. Júcar Universitario, 1988. Pp. 157-166.

<sup>16</sup> *Op. cit.* María CÁTEDRA TOMÁS, *La muerte...*, p. 160.

<sup>17</sup> Resulta interesante el cuadro en el que se estructuran los diferentes tipos de muerte en la op. cit. María CÁTEDRA TOMÁS, *La muerte...*, p. 164.

<sup>18</sup> Louis-Vincent THOMAS, *Anthropologie de la mort*, París, Payot, 1980. P.326.

<sup>19</sup> *Op. cit.* Michelle VOVELLE, *Ideologías y mentalidades*, p. 107.

decadentes<sup>20</sup>. Como vemos de la mano de Vovelle, esta paulatina evolución del ritual funerario entronca y enlaza con las investigaciones de Ariés y su discurso sobre la mentalidad en torno a la muerte. En conclusión, podemos establecer que no sólo serán factores intrínsecos y característicos de una región los que transforman paulatinamente el ritual funerario, sino también factores como la literatura y la historia del momento que atañen a una región aún mayor, con cierto grado de complejidad para el individuo en cuanto a los elementos que componen esta mentalidad. Según Vovelle, estos elementos son el silencio, los indicadores y huellas —como los testimonios y los testamentos—, las fuentes, la demografía, la ideología y la historia.

Sin embargo, se debe entender y tener presente que todo el complejo proceso y ritual que explicaré a continuación, está especialmente determinado y condicionado por los elementos circundantes a la sociedad sometida a estudio. Hablo de factores determinantes a tener en cuenta como el ámbito geográfico, el marco histórico, la sociedad, la trama urbana y demográfica, y los acontecimientos y avances que rodean toda la ciudad.

### **3.2. Inicio de la muerte contemporánea**

El antropólogo francés Louis-Vincent Thomas distinguía tres clases de funerales en función del lugar en el que se desarrolle la liturgia principal: 1) una misa o absolución en la iglesia —en países del ámbito mediterráneo, como Italia, España y también Francia—, 2) en el cementerio —en países sajones— y 3) en la casa —a causa de un alejamiento de la iglesia o del camposanto, suele producirse a nivel local—<sup>21</sup>. El ámbito que concierne a este estudio pertenece al primer tipo de funeral, por lo tanto, dando lugar a una procesión fúnebre desde el lugar del velatorio hasta la iglesia y, finalmente, hasta la necrópolis.

En Asturias, el rito funerario incluía un conjunto de prácticas que se desarrollaban a lo largo de tres días, usualmente, dependientes del estado y de los factores relacionados con el entorno del finado. Por consiguiente, tras la muerte se

---

<sup>20</sup> *Op. cit.* Michelle VOVELLE, *Ideologías y mentalidades*, p. 107.

<sup>21</sup> *Op. Cit.* Louis-Vincent THOMAS, *Anthropologie...*, pp. 556-557.

desarrollaban, por este orden, los siguientes acontecimientos: funeral, entierro y exequias. Asimismo, durante los cuales, tenían lugar también unos procedimientos relacionados con el cadáver, destinados a una mejor conservación del estado del mismo y a ayudar a los familiares a cumplir con una serie de costumbres y tradiciones. Generalmente, el uso de testamentos arroja luz sobre dichos procesos, pues se sabe que éstos se estructuraban en varias etapas: “sepultura, mortaja, demanda de misas, presencia de clérigos seculares y/o religiosos e intervención directa o indirecta de los pobres”<sup>22</sup>.

Debemos entender por ello que se trata de acontecimientos públicos en los que todos los habitantes de la ciudad o del pueblo acudían y formaban parte del cortejo fúnebre, siendo obligatoria la asistencia en muchos de los casos, bajo pena de excomuni3n. Antes del 3ltimo cuarto del siglo XVIII, los testamentos reunían varias cl3ausulas concernientes a la elecci3n de todos los elementos y procesos que se deberían desarrollar tras la muerte del testador. A partir de 1786, cuando se publica el s3nodo convocado por Pisador, en primer lugar se abandonan este tipo de peticiones sobre el entierro, y seguidamente, se descuidan las dem3s disposiciones testamentarias paulatinamente con el transcurso del siglo XIX<sup>23</sup>. Durante los entierros, solían formar parte de la comitiva fúnebre —además de los familiares, amigos y vecinos— cofradías, 3rdenes religiosas, eclesi3sticos y pobres. La integraci3n de todos estos grupos a lo largo del funeral dependía de la economía del difunto y de sus familiares. Por consiguiente, la posici3n social y la fama de la que hubiese gozado en vida el finado es especialmente relevante durante todo el acontecimiento, pues en muchos casos determinará la presencia de una mayor multitud o de un despliegue de diversos elementos.

En cuanto a la sepultura, antes de la creaci3n del primer cementerio contempor3neo en Gij3n en 1798, los cad3veres eran sepultados en el interior de las iglesias. En las zonas rurales, por lo general, los difuntos se inhumaban en el interior de

---

<sup>22</sup> Julio Antonio VAQUERO IGLESIAS, *Muerte e Ideolog3a en la Asturias del siglo XIX*, Madrid, Siglo Veintiuno Editores, 1991. P. 116.

<sup>23</sup> Roberto J. L3PEZ L3PEZ, *Comportamientos religiosos en Asturias durante el Antiguo R3gimen*, Gij3n, Silverio Cañada, 1989. P. 69. Para conocer casos concretos, consultar *Op. cit.* Roberto J. L3PEZ L3PEZ, *Comportamientos religiosos...*, pp. 70-73.

las respectivas iglesias parroquiales<sup>24</sup>. En ambos casos, la elección de la sepultura venía determinada por el testador o el difunto antes de su muerte.

Tras la sepultura, tenía lugar el banquete fúnebre. Su finalidad no era otra que servir de agradecimiento al cura o eclesiástico que había oficiado el funeral, y festejar el paso de una vida a la otra<sup>25</sup>.

Hasta el siglo XVIII era costumbre la realización de dos ofrendas mortuorias: una consistía en alimentos y animales muertos que eran colocados sobre la sepultura, y la otra estaba compuesta por animales vivos que se llevaban hasta la iglesia durante la procesión fúnebre<sup>26</sup>. Y “hasta mediados del siglo XVIII, la cuantía y el destino de las mismas estuvo determinado por la costumbre parroquial y la voluntad de los ofrendantes”<sup>27</sup>.

### 3.2.1. Cambios que se producen

En primer lugar trataremos la demanda de misas, pues originalmente era frecuente que, además de las implícitas en el funeral, se realizasen otras misas de varias clases. Entre los tipos de oficios religiosos, se distinguían “misas sueltas o por sólo una vez y misas de fundación<sup>28</sup>”. Estas últimas se abandonaron por completo en la segunda mitad del siglo XVIII. Para Vaquero Iglesias, esta reacción de abandono ante las misas supone un elemento muy valioso para determinar el rechazo o mantenimiento de las tradicionales actitudes funerarias en Asturias. En Gijón, la demanda de misas se mantiene hasta el primer tercio del siglo XIX, aunque existen diferencias entre el entorno urbano y el rural, pues en el ámbito urbano se produce con mayor anterioridad, ya a finales del siglo XVIII, el abandono de estas misas<sup>29</sup>.

---

<sup>24</sup> Archivo Histórico Diocesano de Oviedo. 20.3. Parroquia de Cabueñes. Libro de Difuntos 2)1764-1850.

<sup>25</sup> *Op. cit.* Roberto J. LÓPEZ LÓPEZ, *Comportamientos religiosos...*, p.77.

<sup>26</sup> Alfonso FERNÁNDEZ TRESGUERRES, *Alfa y Omega. Nacer y morir en Asturias*, Oviedo, Eikasía Ediciones, 2006. P. 141.

<sup>27</sup> *Op. cit.* Roberto J. LÓPEZ LÓPEZ, *Comportamientos religiosos...*, p. 110.

<sup>28</sup> *Op. cit.* Julio Antonio VAQUERO IGLESIAS, *Muerte e Ideología...*, p. 116-122.

<sup>29</sup> *Op. cit.* Julio Antonio VAQUERO IGLESIAS, *Muerte e Ideología...*, p. 138. A lo largo de este capítulo, Vaquero Iglesias realiza un minucioso análisis estadístico entre los concejos de Oviedo y Gijón y la relación entre los tipos de testadores, arrojando datos muy relevantes para este estudio.



Por consiguiente, los testamentos ofrecían además información sobre el tipo de mortaja, el lugar de la sepultura, los detalles del entierro y las ofrendas fúnebres<sup>30</sup>. Sobre la mortaja, solía escogerse entre diferentes hábitos —franciscano, dominico, carmelita y otros— además de una sábana blanca, indistintamente para hombres y mujeres. Según R. J. López se trata de una muestra de sencillez en el ceremonial además de cumplir con las normas establecidas<sup>31</sup>, hecho que veremos transformarse en una verdadera pompa fúnebre una vez entrado el siglo XX e incluso a finales del XIX. El detrimento del uso del hábito en Gijón tuvo su mayor auge en el siglo XIX, aunque en las zonas rurales hubo cierto recelo y resistencia a introducir nuevas costumbres. Asimismo, el abandono de las cláusulas concernientes al entierro en el testamento supone la aceptación de la voluntad de los familiares con respecto al mismo. Este hecho traerá consigo una normalización del ritual en el posterior siglo XX, donde también tuvieron cabida algunas peculiaridades.

Finalmente, al abordar el aspecto de la sepultura podemos determinar que, tanto en la zona urbana como la rural, se abandonó la práctica de enterrar a los difuntos en el interior de las iglesias. Los lugares de enterramiento fueron, en pleno siglo XIX, el cementerio de La Visitación —para el ámbito urbano— y los respectivos cementerios parroquiales —para las zonas periurbanas—. Con la paulatina transformación que originan estos nuevos espacios para la muerte y el abandono de las cláusulas en los testamentos, el futuro difunto escoge su sepultura mediante transmisión oral a sus familiares.

### 3.2.2. Descontextualización y desacralización

Como venía ocurriendo a finales del siglo XVIII, se producen varios hechos significativos que motivan los cambios producidos en el ritual funerario. Ya explicado al comienzo de este capítulo, uno de estos hechos de gran relevancia fue la creación del cementerio contemporáneo. La introducción de esta nueva tipología funeraria ocasionó en varias regiones europeas una descristianización y, por consiguiente, una pérdida de algunos procedimientos funerarios a causa de esta desacralización<sup>32</sup>.

---

<sup>30</sup> *Op. cit.* Roberto J. LÓPEZ LÓPEZ, *Comportamientos religiosos...*, p. 61.

<sup>31</sup> *Op. cit.* Roberto J. LÓPEZ LÓPEZ, *Comportamientos religiosos...*, p. 61.

<sup>32</sup> *Op. cit.* Louis-Vincent THOMAS, *Anthropologie...*, pp. 407-411.

Resulta más patente todo este proceso a lo largo del siglo XIX, pues, al igual que ocurría en el ámbito nacional, Asturias también se vio sumergida en lo que se denominó eclesiásticamente “crisis contemporánea de la muerte”<sup>33</sup>.

Si bien es cierto, esta crisis no fue palpable hasta el tránsito hacia el siglo XXI, pero sí que había comenzado a germinarse en los albores del siglo XIX. Varios motivos de esta germinación podemos encontrarlos en el cambio del lugar de los enterramientos —lo que para algunos autores suscitó esta llamada desacralización a la vez que para los clérigos supuso la “crisis contemporánea de la muerte” ya mencionada—, pues las inhumaciones quedan prohibidas en el interior de las iglesias produciéndose de esta manera una separación entre iglesia y muerte. Esta descontextualización del lugar de la muerte trajo consigo una nueva costumbre: la procesión hasta el cementerio. A lo largo de todo el siglo XIX y del XX estas prácticas no sufren apenas cambios que alteren todo el complejo ritual que se desenvuelve por las calles y caminos del municipio de Gijón. Pero un hecho relevante en la vida de los gijoneses y clave en todo este proceso, que algunos autores denominan “descontextualización de la muerte” —y que explicaré en el capítulo siguiente—, fue la creación, en la última década del siglo XX, de un espacio destinado a paliar todas las necesidades que ocasionaba la muerte: el tanatorio.

### 3.2.3. Fases o etapas

La franja temporal a tratar a lo largo de este análisis dentro de la cronología previamente establecida, comprende el plazo situado entre los dos o tres días desde que se produce el óbito hasta que tiene lugar el sepelio o, en algunos casos, la incineración. Este periodo de tiempo que es el principal objeto de estudio en esta investigación, tiene varias finalidades, como veremos posteriormente. Para el sociólogo francés Robert Hertz se trata del tiempo necesario que permite llevar a cabo los preparativos para efectuar todo el ritual funerario<sup>34</sup>.

Todos los procesos que han sido sometidos a estudio en este trabajo, producidos una vez que la muerte se encuentra con el moribundo, podemos ordenarlos

---

<sup>33</sup> Elviro MARTÍNEZ, *Costumbres asturianas*, León, Editorial Everest, 1982. P. 129.

<sup>34</sup> Robert HERTZ, *La muerte y la mano derecha*, Madrid, Alianza Editorial, 1990. P. 16.

de la siguiente manera: agonía, defunción u óbito, preparación del velatorio, mortaja, velatorio y rezos, procesión fúnebre, funeral, sepelio o entierro, *consolo*, banquete fúnebre, oblada, luto, cabo de año y levantamiento del luto. Este sería el esquema básico y común que se desarrolló tanto en la zona urbana como en la rural para los procedimientos católicos. Aún así, tienen cabida algunas variantes y peculiaridades dentro del mismo. Para el caso de los funerales civiles, éstos tendrán algunas variantes que veremos explicadas en su correspondiente apartado, pues determinar un esquema básico y común tan sólo sería efectivo para ciertos casos y no para todo el conjunto de prácticas civiles.

#### IV. PLENITUD DE LA MUERTE CONTEMPORÁNEA: EL RITUAL FUNERARIO DESDE EL ÚLTIMO CUARTO DEL SIGLO XIX HASTA NUESTROS DÍAS

##### 4.1. Introducción

Para comenzar, debemos retomar el estudio de Vovelle pues en él señalaba la relevancia de estudiar el ámbito o la zona sometida a tela de juicio desde un punto de vista mucho más amplio, incidiendo en las bases históricas, geográficas y sociológicas que afectan al emplazamiento que queremos investigar. Por lo tanto, conviene delimitar sobre qué base se asienta el inicio de esta nueva centuria y cuáles son los factores que la determinaron.

En este momento, el comienzo del siglo trae consigo “el modelo de la muerte posromántico y realista”, originando cierto tabú en Europa en la década de 1950 y su posterior redescubrimiento a partir de 1960<sup>35</sup>. Según Vovelle, el retroceso de la mortalidad a partir de finales de la centuria anterior fue clave en el proceso.

Por consiguiente, un cambio en el discurso de la iglesia tras el Concilio Vaticano II sugiere transformaciones en los funerales. De igual manera, un aumento de las prácticas civiles en detrimento de las religiosas es quizás la muestra de la “descristianización del último trance”<sup>36</sup>.

No obstante, hasta la última década del siglo XX, Gijón no experimentará de manera radical estos procesos. Si bien es cierto, progresivamente se irán abandonando ciertos hábitos y costumbres en la medida que nos acercamos a la conclusión de la centuria, pero no supondrán un cambio drástico de todas las prácticas funerarias, como nos sugiere ya el siglo XXI.

---

<sup>35</sup> *Op. cit.* Michelle VOVELLE, *Ideologías y mentalidades*, p. 113.

<sup>36</sup> Michelle VOVELLE, “La crisis de los rituales funerarios en el mundo contemporáneo y su repercusión en los cementerios”, en *Una arquitectura para la muerte. I Encuentro Internacional sobre los Cementerios Contemporáneos*. Sevilla, 1991, p. 110.

## 4.2. Transición hacia el siglo XX

En Asturias, cuando un individuo se encontraba en proceso agonizante era habitual que el resto de familiares y amigos íntimos estuviesen presentes en sus dependencias hasta el momento en el que éste exhalase su último aliento. Tras comprobar que el cuerpo del moribundo descansaba ya sin vida sobre el lecho mortuorio, acontecía el óbito. En este momento, comenzaba el repiqueteo de campanas que anunciaba la muerte al resto de los vecinos. Durante los próximos días solía tocarse a difunto hasta que tenía lugar el sepelio.

La aparición de la prensa en la región supuso un importante medio a través del que anunciar este fatal suceso, aunque, con anterioridad, las campanas de la iglesia de la parroquia cumplían similar función. Resulta interesante adentrarse brevemente en los diferentes repiqueteos de campana que se efectuaban a razón del difunto. Si el fallecido era hombre, se daban tres toques. Si, por el contrario, se trataba de una mujer, eran dos. Y, por último, si se producía la muerte de un niño, al final del toque de difuntos se repicaba a Gloria indistintamente del sexo que fuera. Con excepción, las noches que estaban reservadas para los toques de alarma o de incendios, no se tocaba a difuntos, además de las propias variantes dentro de la ciudad gijonesa<sup>37</sup>.

A lo largo de estos días, solían ultimarse los preparativos para los funerales, entre los que se encontraban las prácticas y comportamientos relacionados con el cadáver.

Hasta que tenía lugar el funeral, en la casa mortuoria solía producirse el velatorio. Después de éste, toda la comitiva fúnebre partía desde la casa del difunto hasta la iglesia en procesión. En algunos pueblos era obligatoria la asistencia a tales celebraciones bajo pena de multa<sup>38</sup>. Primeramente solían ir los niños, luego los mozos, la cruz y los faroles, detrás el féretro, los cofrades, los enterradores. Detrás, el cura, los parientes —con capa y con la cara cubierta—, los vecinos —con capa pero sin cubrir el rostro—, las mujeres de la familia y las mujeres del pueblo<sup>39</sup>.

---

<sup>37</sup> Luis Miguel PIÑERA, *Esquelas y notas necrológicas en la prensa de Gijón a finales del siglo XIX*, Gijón, 1997. P. 33.

<sup>38</sup> J. LÓPEZ ÁLVAREZ Y C. LOMBARDÍA FERNÁNDEZ, *Costumbres de nacimiento, matrimonio y muerte en Asturias. Encuesta del Ateneo de Madrid 1901-1902*, Gijón, Fundación Municipal de Cultura, Educación y Universidad Popular, 1998. P. 107.

<sup>39</sup> *Op. cit.* J. LÓPEZ ÁLVAREZ Y C. LOMBARDÍA FERNÁNDEZ, *Costumbres de nacimiento...*, p. 108.

Una vez en la iglesia, tenía lugar la celebración de la misa. Anteriormente, hasta finales del siglo XVIII, se introducía al féretro dentro. Pero esta práctica fue prohibida con motivo de la creación del cementerio contemporáneo, de tal manera que el difunto solía dejarse en la puerta con seis velas sujetas a la caja mientras se desarrollaba el oficio.

Tras la conclusión de la misa, las mujeres solían acudir a la casa del difunto mientras los hombres y el párroco se dirigían al cementerio para la inhumación del cadáver. Antes del enterramiento solían rezarse algunos responsos, se bendecía la sepultura y se levantaban el azadón y la pala formando una cruz<sup>40</sup>. La disposición del difunto era relevante, pues solía cuidarse que los pies estuviesen orientados al Este y la cabeza al Oeste.

Todas estas prácticas constituyen *grosso modo* el complejo ceremonial que solía llevarse a cabo en todo el territorio asturiano, con las respectivas variantes de cada región. Este ritual, como explicaré con posterioridad, será muy similar al llevado a cabo en el municipio de Gijón. Sí es posible entrever algunas variantes, aunque, en general, todo el proceso no dista mucho de lo ya mencionado. A lo largo del estudio y cuando sea preciso, será necesario ilustrar los datos con algunos ejemplos concretos, además de citar aquellos en los que se puedan observar algunas variantes.

Retomando todo el proceso funerario que veníamos viendo hasta ahora, desde finales del siglo XIX hasta los primeros años de la siguiente centuria, no se observan cambios relevantes en el ritual. Sí que fue determinante el uso de la prensa, pues a partir de su nacimiento, las necrológicas fueron uno de los principales medios anunciantes de tales acontecimientos, además de servir como una fuente importante de información al estudio.

Un caso concreto de finales del siglo XIX que merece la atención es el de D. Sabino Díaz quien, conducido desde la casa mortuoria hasta el cementerio de Ceares, supuso el ejemplo de una verdadera manifestación de duelo a causa de la repercusión social que había adquirido en vida<sup>41</sup>. Este ejemplo no dista apenas de los que veremos ya entrado el siglo XX, pues, además de la escasa separación cronológica, los procedimientos seguirán siendo similares a los que se acaban de mencionar.

---

<sup>40</sup> *Op. cit.* J. LÓPEZ ÁLVAREZ Y C. LOMBARDÍA FERNÁNDEZ, *Costumbres de nacimiento...*, p. 113.

<sup>41</sup> “Necrología”, *El Avance*, Gijón, 03-12-1899.

Es también plausible que en algunos casos se altere el orden de la celebración de las mismas. En ocasiones, como veremos en algunos ejemplos, el enterramiento se produce previamente a la misa de funeral<sup>42</sup>.

Otro de los casos que conviene tratar corresponde al ámbito rural, en la parroquia de Cenero. Se trata del funeral de doña Adelaida S. Cifuentes ocurrido tras su muerte el día 10 de julio de 1897<sup>43</sup>. El funeral se celebró el día 12 de julio a las 10 horas, en la iglesia parroquial de San José. Seguidamente, el duelo se realizó desde la casa mortuoria en la calle Corrida, número 19, hasta el cementerio general —Ceares-El Sucu—. En la esquela también figura que el duelo se despidió en Begoña y en el cementerio, como era costumbre.

---

<sup>42</sup> *Op. cit.* Alfonso FERNÁNDEZ TRESGUERRES, *Alfa y Omega...*, p. 142.

<sup>43</sup> El Noroeste, Gijón, 12-07-1897.



LA SEÑORA

# Doña Adelaida S. Cifuentes

Viuda de Valdés Hévía

Falleció á las diez de la noche del día 10  
de Julio de 1897, en su posesion de Cenero,  
á los 62 años de edad

Después de recibir los Santos Sacramentos y la  
Bendición Apostólica

R. I. P.

Su desconsolado hijo D. Miguel, hija  
política doña Maria de las Nieves  
V. Escalera, hermana política doña  
Bárbara Valdés Hévía, sobrinos,  
primos, demás parientes y amigos,

Suplican á V. en caridad, lá encomiende á Dios en sus  
oraciones y asista al funeral que se ha de celebrar por su  
eterno descanso, en la parroquial de San José hoy lu-  
nes á las diez de la mañana, y seguidamente á la conduc-  
ción del cadáver desde su casa, Corrida 19, al Cementerio  
general, por lo que recibirán especial favor y consuelo.

*El duelo se despide en Begoña y en el Cementerio.*

Esquela de doña Adelaida S. Cifuentes, *El Noroeste*, Gijón, 12-07-1897.

Hasta ahora, y como veremos a continuación en el siglo venidero, los funerales en Gijón supusieron una manifestación pública de duelo, además de tratarse de un verdadero rito colectivo. En mayor o en menor medida —a tenor de la fama de la que gozó el difunto en vida o del tipo de muerte que haya experimentado, como vimos en el capítulo anterior— algunos adquirieron una gran repercusión social. Todo ello



debe tenerse presente previamente para adentrarse en el proceso funerario que se explica en los apartados siguientes.

### **4.3. La muerte como rito de paso a partir del siglo XX**

Como se había visto hasta ahora, los funerales resultan ser un acontecimiento social, de tal manera, podemos asumir que todo este ceremonial sobre la muerte arraiga en una conciencia colectiva, llegando a suponer en la mayoría de los casos una exclusión temporal del individuo que se encuentra cercano a ella<sup>44</sup>. Además, el hecho de que toda esta compleja celebración tenga cabida dentro de la sociedad denota, sin duda, una aceptación de la muerte y, por consiguiente, del acto de morir por parte de la población social<sup>45</sup>.

Quizás por este motivo, todo el conjunto de ritos y el complejo ceremonial funeraria que tiene lugar tras el suceso de la muerte, tenían una finalidad precisa y de gran importancia para la sociedad donde se llevan a cabo y para el individuo. Tomando como referencia *Los Ritos de Paso*, de Arnold Van Gennep, podemos afirmar que estos ceremoniales buscaban ayudar al difunto a integrarse en el mundo funerario a la vez que ayudaba a superar el angustioso trámite a los supervivientes. Debe puntualizarse que el universo funerario, en la mayoría de las culturas, es entendido o interpretado como un mundo análogo al de los vivos.

Marvin Harris explicaba que estos ritos de paso necesitaban de una celebración, pues la causa no es otra que las implicaciones públicas que suscitaban tales acontecimientos, como el nacimiento, el matrimonio o, en este caso, la muerte<sup>46</sup>.

Al igual que el resto de los ritos de paso, el funerario depende de varios factores que se remiten al lugar del que procedía y en el que habitaba, la edad, el sexo y la clase social a la que pertenecía el individuo fallecido. A pesar de estos factores cambiantes y variables según estas directrices, es posible determinar, siguiendo las

---

<sup>44</sup> *Op. cit.* Robert HERTZ, *La muerte y...*, p. 102.

<sup>45</sup> *Op. cit.* Jorge VICENTE ARREGUI, *El horror de morir...*, p. 321.

<sup>46</sup> Marvin HARRIS, *Antropología Cultural*, Madrid, Alianza Editorial, 1990. P. 361.

teorías de A. Van Gennep<sup>47</sup>, la existencia de ciertas dominantes. Para estudiar estas dominantes y las variantes propias del territorio objeto del estudio, es importante categorizarlas para así poder comprender su repercusión en la totalidad del ritual funerario de la ciudad de Gijón desde finales del siglo XIX hasta nuestros días; además de poder establecer cierta relación con el ritual funerario en el ámbito asturiano.

Como establecía el etnógrafo Arnold Van Gennep, los ritos funerarios pueden dividirse en tres partes: ritos de separación, ritos de margen y ritos de agregación<sup>48</sup>. Entre estos tres, los primeros son poco numerosos con cierta simplicidad. Los siguientes, los ritos de margen, poseían una duración muy dependiente de cada individuo o sociedad, adquiriendo por ello una mayor complejidad e incluso autonomía con respecto a las otras dos partes del ritual funerario. Y, por último, los ritos de agregación son los más elaborados y, por lo tanto, donde reside una mayor importancia de todo el proceso funerario. El etnólogo francés establecía una división, si bien compleja, bastante interesante sobre varias subcategorías que se pueden encontrar dentro de cada uno de estos tipos rituales. Asimismo, para el periodo de luto, tienen lugar, en un primer momento, los ritos de separación y, al final de éste, los ritos de reintegración. Van Gennep postulaba que durante este periodo la vida del individuo se veía suspendida y su prolongación tan sólo era dependiente de dos factores: el vínculo afectivo con el finado y la posición social del mismo<sup>49</sup>. Por su parte, los funerales, para Van Gennep, estaban compuestos por dos etapas: el velatorio y los ritos de sepultura. El primero señala el periodo de margen y el segundo consistía, en el marco geográfico-social que concierne a este estudio, en el enterramiento o en la incineración. Las afirmaciones de Van Gennep guardan relación con las promulgadas por Harris, pues éste último también señalaba dos importantes procesos en la vida del individuo afectado por el suceso: primeramente es separado de la rutina que venían realizando anteriormente y, por último, tenían lugar la realización de “actos físicos y simbólicos para extinguir los estatus anteriores”, hasta que se retomase de nuevo la normalidad<sup>50</sup>. En muchos casos, Harris comentaba cómo estos cambios se realizaban a través de la vestimenta, abalorios o en el propio cuerpo. Cuando existe un lugar destinado a albergar los restos del finado, el etnólogo francés nos lo subordina a los ritos de agregación al

---

<sup>47</sup> Arnold VAN GENNEP, *Los ritos de paso*, Madrid, Taurus, 1986. P. 158.

<sup>48</sup> *Op. cit.* Arnold VAN GENNEP, *Los ritos...*, p. 158.

<sup>49</sup> *Op. cit.* Arnold VAN GENNEP, *Los ritos...*, p. 159-160.

<sup>50</sup> *Op. cit.* Marvin HARRIS, *Antropología Cultural*, p. 363.

mundo de los muertos. En la región objeto de este estudio, se trata principalmente del cementerio. En este lugar es posible la vinculación con los vivos mediante una renovación periódica de la misma a través de conmemoraciones y recordatorios. Pero, llegado el momento, Van Gennep afirmaba que el vínculo termina por romperse, originándose con ello la última visita al cementerio. Esta visita supone el fin de los ritos de separación, clausurando el periodo de luto<sup>51</sup>. Por su parte, Francesco Campone<sup>52</sup> puntualiza que la visita al cementerio no tiene otro fin que evitar que la memoria del finado se funda con el resto de los difuntos del lugar. Campone, por su parte, asocia la superación del duelo a la asociación interior de la memoria del finado como algo propio, como una parte más del individuo<sup>53</sup>.

Finalmente, podrían asumirse varias funciones dentro de estos ritos de paso: servir de reconocimiento público a las nuevas relaciones y estatus sociales que se han visto modificados con el acontecimiento de la muerte, en este caso, además de los cambios que deben experimentar los individuos afectados<sup>54</sup>; ayudar a la separación entre el finado y sus sobrevivientes; potenciar y manifestar los sentimientos de nostalgia, angustia, condolencia y pérdida ante la despedida entre ambos; y honrar a la memoria del difunto a través de todo el complejo ceremonial fúnebre.

Una vez establecidas las bases para el posterior estudio, es interesante complementar toda esta información y los datos aportados por Van Gennep, con un cuadro clasificatorio de los distintos tipos de ritos que tienen lugar durante todo el proceso. Este cuadro, tomado como elemento complementario al estudio, pertenece a la obra de Alfonso Tresguerres<sup>55</sup>, aunque, aquí ha sido modificado en parte para servir a la finalidad que se precisa.

---

<sup>51</sup> *Op. cit.* Arnold VAN GENNEP, *Los ritos...*, p. 175-176.

<sup>52</sup> Francesco CAMPIONE, "El uso del cementerio como expresión cultural de la elaboración individual del duelo", en *Una arquitectura para la muerte. I Encuentro Internacional sobre los Cementerios Contemporáneos*. Sevilla, 1991, pp. 99-106.

<sup>53</sup> *Op. cit.* Francesco CAMPIONE, "El uso del cementerio...", p. 102.

<sup>54</sup> *Op. cit.* Marvin HARRIS, *Antropología Cultural*, p. 363.

<sup>55</sup> *Op. cit.* Alfonso FERNÁNDEZ TRESGUERRES, *Alfa y Omega...*, p. 228-229.

<b>Tipos de ritos</b>	<b>Principales acontecimientos y ceremonias</b>	<b>Personas que los desempeñan</b>
Separación	Anuncios de muerte (1ª separación)	Difuntos
	Agonía (margen intercalado)	
	Muerte (Separación definitiva)	
	Prácticas para no prolongar la agonía (1ª separación)	Familiares
	Agonía (margen intercalado)	
	Muerte (separación definitiva)	
Margen	Velatorio (1º margen)	Difuntos
	Luto hasta el aniversario (2º margen)	
	Velatorio (1º margen)	Familiares
	Luto (2º margen). A veces la reclusión duraba una cuarentena	
Agregación	Entierro (agregación provisional)	Difuntos
	Misa aniversario (agregación definitiva)	
	Banquete fúnebre (agregación provisional)	Familiares
	Misa aniversario y banquete (agregación definitiva)	

#### 4.3.1. Lugar de la muerte

Como se viene advirtiendo hasta este momento, los cambios que afectan al ritual funerario están presentes en todos los aspectos y facetas de la muerte. Es de principal relevancia para este trabajo y, por consiguiente, para el cambio de mentalidad que se ocasiona a medida que nos adentramos en los albores del siglo XX, el lugar en el que se produce la muerte. Si hasta ahora hemos podido observar cómo ésta acudía a reunirse con el difunto generalmente en el lugar de morada, a partir del último cuarto del siglo XX es frecuente que esta ubicación se cambie por el hospital. La sociedad que emerge tras la Guerra Civil y, más concretamente, al rebasar la mitad de la centuria, traerá consigo ciertas variantes en cuanto al ritual funerario se refiere. La transformación del lugar de la muerte deriva de esta sociedad postindustrial y los

cambios sociales y sociológicos que suscita. A partir de este momento, el hospital será principalmente uno de los lugares que acogerá este tipo de acontecimientos. Según el historiador francés Philippe Ariés, este cambio se origina con la tendencia, cada vez más numerosa, de proteger al futuro difunto y esconder la gravedad de la muerte, todo ello motivado por una ocultación de la muerte, vedándola casi por completo<sup>56</sup>. Según Ariés, la principal causa de toda esta transformación viene derivada de evitar al moribundo la turbación y las emociones que pudieran alterar su estado psíquico. Posiblemente, el germen de esta ocultación de los sentimientos y de la muerte, se encuentre en la idea que se tiene en este momento de la defunción. Ahora, la muerte supone un final drástico de la vida plena, una interrupción de esa concepción que se tiene sobre la existencia y la felicidad que gira en torno a lo vivido hasta ese momento o lo que se espera, de manera idealizada, del hecho de vivir.

Este cambio del lugar de la muerte produce una variante importante en todo el proceso ritual. Si antes, desde finales del siglo XVIII hasta casi el último cuarto del siglo XX, la muerte se producía en casa y de allí se desplazaba al difunto hasta la iglesia, ahora, el moribundo perece en el hospital. Del hospital, hasta la creación del tanatorio, será trasladado a su hogar, donde será velado hasta que tenga lugar el funeral y el enterramiento. Con el surgimiento del tanatorio en Gijón, a finales del siglo XX, todo el proceso experimentó un notable cambio, alterando y modificando los lugares en los que antes tenían lugar los acontecimientos relacionados con la muerte. Además, la evolución en lo referente a las nuevas formas de enterramiento hará lo propio en la transformación del ritual funerario de la ciudad gijonesa. Por ende, es determinante también el surgimiento de una nueva edificación que afectó sin duda al ritual funerario en Gijón: el nuevo cementerio de Deva. Esta construcción, llevada a cabo en 1999, es sin duda el más reciente emplazamiento para albergar los restos mortales de los habitantes de la ciudad. Su ubicación, lo más lejos posible del centro urbano pero sin salirse del municipio, así como las distintas prestaciones que habían sido pensadas al construir un edificio de servicios múltiples en las inmediaciones de la nueva necrópolis, —todavía obsoleto este inmueble a causa de ciertas discrepancias burocráticas— supusieron un cambio, si bien es cierto, bastante revolucionario para el ritual funerario en el municipio gijonés.

---

<sup>56</sup> *Op. cit.* Philippe ARIÈS, *Historia de la muerte en Occidente...*, p. 83-84.

#### 4.3.2. Funerales y enterramientos

Para abordar todas las prácticas funerarias que tuvieron lugar en el municipio de Gijón, es necesario dividir las en dos grandes grupos a partir del tipo de oficio religioso que precisen. De esta manera, los funerales y enterramientos los dividiremos en católicos y en civiles. Dentro del primer grupo, podemos diferenciar los que atañen a la zona urbana y los que se llevaron a cabo en la zona periurbana del municipio. En ambas franjas municipales, ambos presentan lazos comunes y algunas particularidades que serán puntualizadas. Además, también se explicará un caso peculiar de comportamientos funerarios que tuvo lugar dentro de la trama urbana: la ciudadela de Capua. Para el caso de los funerales civiles, se explicará el proceso general y, con posterioridad, se harán referencias a algunos ejemplos que ilustren los diferentes tipos de funerales que nos podemos encontrar en este apartado.

##### ◆ Católicos

###### ● Zona urbana

A principio del siglo XX, cuando la muerte llegaba a alguno de los hogares de la ciudad de Gijón, se debían cumplir una serie de procesos que componían todo el ritual funerario, haciendo de éste un rito de paso presente a lo largo de la vida de todo ser humano. Una vez tenía lugar el anuncio de este fatal suceso, amigos y familiares cercanos se encaminaban al hogar en el que se había producido la muerte. Todos acudían a la casa mortuoria a presentar sus respetos y condolencias a la familia, además de acompañarles durante el velatorio. Tras éstos, el clero era el siguiente en unirse a la comitiva, pero sin llegar a traspasar el umbral de la casa, pues el cadáver era transportado por familiares formando un cortejo hasta la iglesia. Al frente de éste, se situaba el párroco portando la Cruz Parroquial, seguido por el finado. En muchos casos, los sacristanes iniciaban la comitiva portando los cirios y el crucifijo. Los familiares y amigos cercanos varones eran los siguientes en incorporarse a la procesión y, tras éstos, las mujeres. El duelo de los presentes se reflejaba en sus rostros tapados o cubiertos en señal de respeto. También estaban presentes en esta comitiva los pobres de solemnidad,

si el difunto había adquirido una elevada posición social<sup>57</sup>. Además, solían incorporarse al cortejo fúnebre las plañideras<sup>58</sup>.

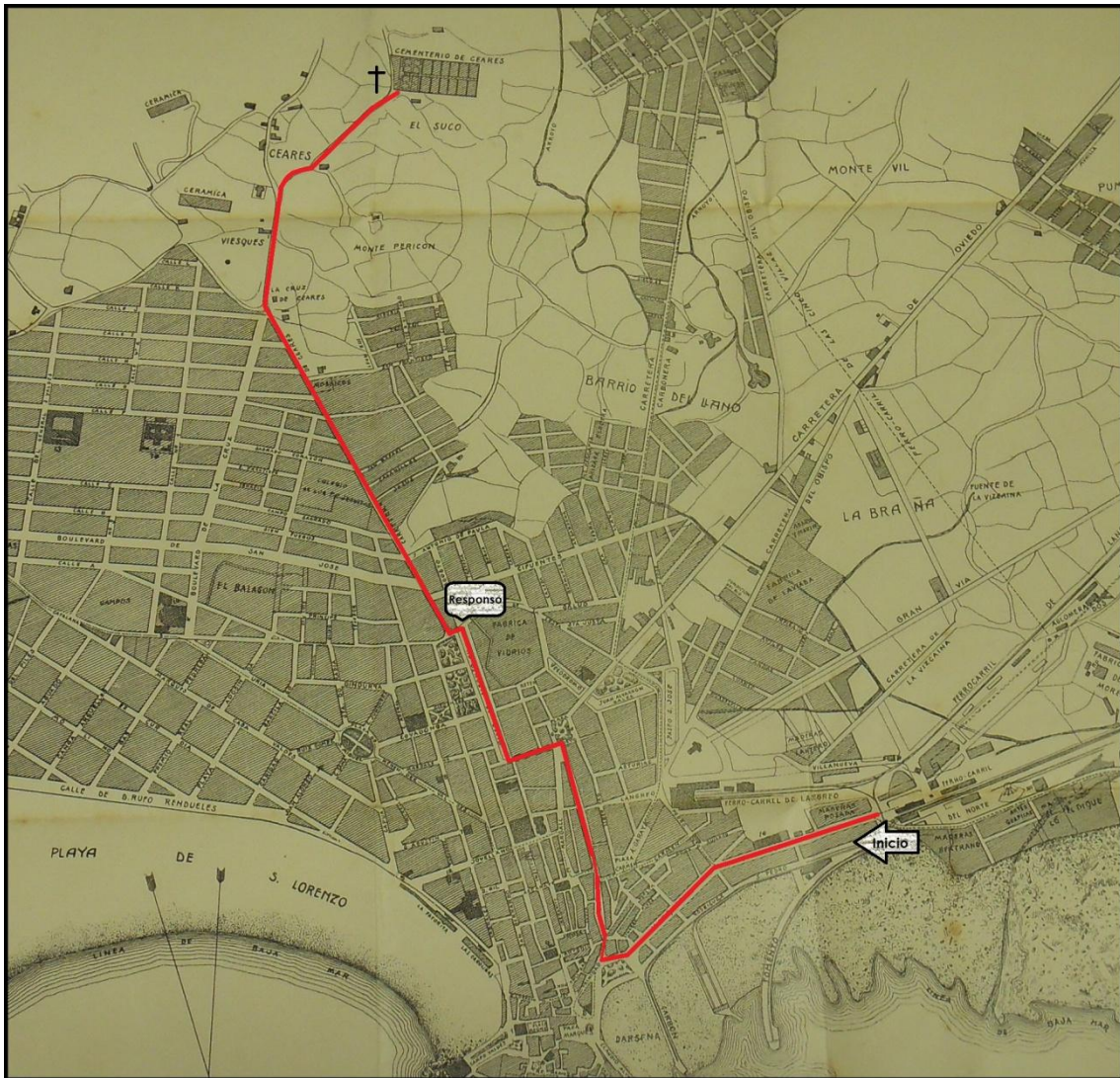
En el Gijón del siglo XX, la procesión fúnebre tenía un recorrido específico. El comienzo tenía lugar en la Estación del Norte —el motivo radicaba en que muchos familiares y amigos acudían desde otras regiones y llegaban a Gijón mediante tren—. Luego continuaba por la calle Marqués de San Esteban, pasando por la calle Corrida y llegando al Paseo de Alfonso II —actual Paseo de Begoña— a través de la calle Fernández Vallín. Allí, solía terminar la procesión y se producía un descanso en la misma. En este punto de la trama urbana tenían lugar varios hechos: era el final del núcleo urbano de la ciudad, comenzaba el inicio de la cuesta que subía a Ceares y se trataba de un cruce en el que confluían los caminos a Villaviciosa y a Pola de Siero. Además, en 1899 se había construido una monumental fuente a raíz de la traída de aguas —ahora aparece un monolito de Joaquín Rubio Camín—. En vista de esto, este lugar era el idóneo para cambiar a los portadores del féretro, además de pronunciar un responso siguiendo con la antigua tradición precristiana de culto a los cruces de caminos<sup>59</sup>. Además, durante el día del funeral, la ciudad entera se paralizaba y se suspendían los trabajos.

---

<sup>57</sup> *Op. cit.* Luis Miguel PIÑERA, *Esquelas y notas necrológicas...*, pp. 23-38.

<sup>58</sup> Consultar el apartado específico en esta Tesis Fin de Máster sobre el “Uso de plañideras”, p. 44.

<sup>59</sup> *Op. cit.* Luis Miguel PIÑERA, *Esquelas y notas necrológicas...*, pp. 23-38.



Recorrido de la procesión fúnebre en su paso por la zona urbana de Gijón.

*Plano de Gijón* de Ricardo Casielles, 1910.

Como se puede apreciar *grosso modo*, se trataba de un acontecimiento de gran dimensión social y magnitud, pues como trataré en algunos ejemplos concretos, la ciudad entera se paralizaba durante el transcurso de tales espectáculos en los que se solía alcanzar una gran repercusión en función del afecto hacia el difunto.

Por su parte, las mujeres que no asistían al funeral, acudían a la casa mortuoria. Una vez que concluía el entierro, los asistentes solían reunirse con el resto de las mujeres en la casa del difunto, donde la familia solía realizar una abundante comida, a la que solía acudir el cura. Existen datos que corroboran que esta costumbre estaba arraigada en toda la región de Asturias, pues era tradición celebrar un banquete fúnebre



al que asistían familiares y amigos<sup>60</sup>. Aurelio de Llano explicaba que el motivo de la misma no era otro que acoger momentáneamente a los parientes y amigos que acudían al funeral desde lejos<sup>61</sup>. Tras el pago de la “oblada” u “oblata”<sup>62</sup> al sacerdote en función del dinero con el que contase la familia, los familiares lejanos solían quedarse esa noche a pernoctar en la casa mortuoria. Durante el transcurso de la misma, era habitual cubrir las ventanas o las puertas con colgaduras negras, además de tapar o retirar las fotos del finado. Estos símbolos no eran otros que los del luto, además de otros, que debían realizar los familiares del finado.

En la prensa asturiana aparecen recogidos numerosos ejemplos a través de los cuales se puede construir parte de los procedimientos que tenían lugar en el Gijón de principios del siglo XX. Existen algunas variantes al respecto, en algunos casos concretos, como el de D. Proto Cortina López, cuyos restos son primeramente conducidos al cementerio de Ceares y reposados en el depósito, dejando para el día siguiente la celebración de su funeral en la capilla de Begoña<sup>63</sup>. En la esquila que figura en el número del día anterior, se menciona que “el duelo se despide en el Cementerio y en la Iglesia”<sup>64</sup>. Este ejemplo entronca con el ya visto anteriormente de D. Sabino Díaz, a finales del siglo XIX.

Un caso digno de mención fue el de Doña Bárbara Suárez y Piñera. La variante de todo el proceso radica en la elección de San Pedro como iglesia destinada a acoger el funeral —en vez de la iglesia de Begoña como se acostumbraba a hacer— y la posterior conducción de los restos mortales hasta el cementerio general<sup>65</sup>.

En cuanto al transporte del féretro al cementerio, éste podía llevarse a hombros o en carruaje fúnebre tirado por caballos. Esta última manera de transporte ofrecía varias posibilidades a los familiares, pues podían contratarse varios servicios a razón de la posición social del difunto. Si se trataba de un funeral de primera clase, el carruaje iba conducido por un cochero vestido “a la Federica”, ataviado con chistera y levita. Los caballos que tiraban por el carruaje —siempre se trataba de un número par

---

<sup>60</sup> *Op. cit.* Alfonso FERNÁNDEZ TRESGUERRES, *Alfa y Omega...*, pp. 144-148.

<sup>61</sup> Aurelio DE LLANO ROZA DE AMPUDIA, *Del folklore asturiano. Mitos, supersticiones y costumbres*, Oviedo, IDEA, 1972, p. 188.

<sup>62</sup> Se trataba de un pago por los servicios religiosos de la misa, del tipo de entierro y de las misas y rosarios que tendrían lugar en los siguientes nueve días. *Op. cit.* Luis Miguel PIÑERA, *Esquelas y notas necrológicas...*, pp. 23-38.

<sup>63</sup> “Gijón por dentro”, *El Avance*, Gijón, 03-01-1900.

<sup>64</sup> “Gijón por dentro”, *El Avance*, Gijón, 02-01-1900.

<sup>65</sup> *El Avance*, Gijón, 12-01-1900.

indistintamente de la clase de funeral que se tratase—, podían ser 4 ó más. Si era un funeral de segunda clase, no había palafreneros, pero sí dos gualdrapas y penachos. Y, por último, si se trataba de un funeral de tercera clase, el carruaje iría conducido por dos caballos y estaría ausente de adornos.

Existían además determinados casos en los que el finado era pobre de solemnidad y su familia no tenía los medios suficientes para abordar los gastos del funeral o, éste no poseía familiares que cubriesen los costes. En estos casos, se conducía al difunto desde el hospital de la Caridad gratuitamente<sup>66</sup>.

Algunos de estos acontecimientos aparecen recogidos en el fondo fotográfico de la fototeca del Muséu del Pueblu d'Asturies. Este material fotográfico resulta interesante para ilustrar todo el proceso visto anteriormente.

La primera de las fotografías data de 1920<sup>67</sup> y fue tomada por Constantino Suárez<sup>68</sup> durante el transcurso de un desfile fúnebre a lo largo de la calle Corrida. Vemos cómo la procesión va escoltada por una multitud que se integra dentro de la comitiva, originando una amplia manifestación de duelo.

Cerca de 1925, aparece otra fotografía<sup>69</sup>, tomada en este caso por Alfonso, donde el carruaje fúnebre tirado por cuatro caballos se encuentra detenido frente a las puertas de la Casa del Pueblo para transportar posteriormente al difunto hacia la iglesia o hacia el cementerio.

En este periodo comprendido entre la década de los 30 y de los 40, también aparece la fotografía<sup>70</sup> de un coche fúnebre tirado por cuatro caballos, listo para emprender la procesión fúnebre, donde irá acompañado por todo el séquito de religiosos y tras éstos, el cortejo fúnebre del pueblo. Se trata, sin duda, de un funeral de primera clase, pues además del coche de caballos profusamente ornamentado, toda la preparación previa del ceremonial denota la relevancia del acto.

---

<sup>66</sup> *Op. cit.* Luis Miguel PIÑERA, *Esquelas y notas necrológicas...*, pp. 23-38.

<sup>67</sup> Fig. 2, consultar Anexo p. 70.

<sup>68</sup> Para conocer más sobre su obra como fotógrafo, consultar Francisco CRABIFFOSE CUESTA, *Constantino Suárez. Fotógrafo 1920-1937*, Gijón, Fundación Municipal de Cultura, Educación y Universidad Popular, 2002.

<sup>69</sup> Fig. 3, consultar Anexo p. 71.

<sup>70</sup> Fig. 7, consultar Anexo p. 75.

De 1952 data la última fotografía tratada en este estudio, tomada por Ferrero<sup>71</sup>. Se trata de de la comitiva fúnebre acompañando al coche de dos caballos a lo largo de las calles gijonesas.

### *El caso de la ciudadela de Capua*

Merece un especial apartado el dedicado a los funerales y prácticas funerarias desarrolladas dentro de la ciudadela de Celestino González Solar, o comúnmente conocida como ciudadela de Capua. A pesar de encontrarse en pleno centro urbano,

En primer lugar, se debe puntualizar que los habitantes de este sustrato urbano se hallaban integrados dentro de las prácticas religiosas católicas, aunque era notable que este sentimiento religioso no estaba tan fuertemente arraigado como ocurría con el resto de la población urbana. Por este motivo, conviene tener en cuenta que, entre los habitantes de la ciudadela, no era costumbre asistir a misa. A causa de esto, entendían los sacramentos como “ritos de paso familiares y comunitarios”<sup>72</sup>. Las prácticas que se llevaban a cabo durante todo el proceso funerario no distaban mucho de las acontecidas en el resto de la ciudad, pero sí es notable cómo todos los integrantes de la ciudadela estaban sumergidos en unos profundos lazos afectivos y empáticos cuando un acontecimiento así ocurría tras sus muros. Todos los residentes contribuían, en mayor o en menor medida, con las tareas que se precisaban para efectuar el ritual fúnebre. En estos casos, las mujeres solían desempeñar un papel relevante, pues eran las encargadas de amortajar al cadáver y ocuparse de los preparativos del velatorio<sup>73</sup>. Durante éste, los vecinos acudían a la casa mortuoria a presentar sus respetos y acompañar a la familia durante la noche, hecho muy similar al que ocurría en el resto de Gijón. Tras el velorio, todos los asistentes acompañaban al féretro hasta la realización de los servicios religiosos y luego hasta el cementerio. Como los residentes de la ciudadela eran obreros con pocos recursos económicos, los gastos de los funerales

---

<sup>71</sup> Fig. 8, consultar Anexo p. 76.

<sup>72</sup> Nuria VILA ÁLVAREZ, *Un patio gijonés. La ciudadela de Celestino González Solar (1877-1977)*, Gijón, Ayuntamiento de Gijón, 2007. P. 142.

<sup>73</sup> Op. cit. Nuria VILA ÁLVAREZ, *Un patio gijonés...*, p. 140-141.

corrían a cargo de la Municipalidad, y la Caridad contribuía con la misa y con las carrozas fúnebres<sup>74</sup>.

En cuanto al banquete fúnebre, éste podía celebrarse incluso durante el velatorio, donde la reunión se tornaba hacia un tono más desenfadado y coloquial donde los asistentes comían y bebían, mientras las anécdotas que contaban impregnaban el ambiente de jovialidad y celebración. Claro que, si se trataba de una muerte en la que la vida se había visto truncada por fatídicos acontecimientos, como un niño o un joven, estos procedimientos no tenían cabida durante el velatorio<sup>75</sup>.

Después del entierro, tenía lugar el luto. Existe una diferencia notable respecto a los casos tanto del resto de la zona urbana como de la rural de Gijón. Esta práctica solo estaba limitada a las mujeres, con la duración aproximada de un año. Por su parte, los hombres no llevaban luto, tan sólo en honras fúnebre o en días señalados llevaban un botón en la solapa o un brazalete<sup>76</sup>.

- Zona periurbana

En el caso de las parroquias pertenecientes a la zona periurbana del municipio gijonés, el ritual funerario no dista demasiado de lo ya explicado con anterioridad concerniente a la zona urbana de la ciudad.

Cuando se producía la defunción, debían realizarse una serie de acciones propias del ritual funerario. En algunas ocasiones, el moribundo o su familia eran conscientes de su arduo estado, por lo que los familiares solían llamar al párroco para que éste le administrase el sacramento de la extremaunción ante la inminente y próxima muerte del enfermo. Cuando el moribundo se encontraba en plena agonía, existían ciertas costumbres que ponían en práctica para no retardar la agonía de éste<sup>77</sup>. En otras ocasiones, la muerte acudía sin previo aviso. En ambos casos, una vez que sucedía el fatídico acontecimiento de la defunción, solían abrirse puertas y ventanas. A partir de este momento se procedía a realizar un velatorio en la casa mortuoria, al que acudían

---

<sup>74</sup> Op. cit. Nuria VILA ÁLVAREZ, *Un patio gijonés...*, p. 141.

<sup>75</sup> Op. cit. Nuria VILA ÁLVAREZ, *Un patio gijonés...*, p. 143.

<sup>76</sup> Op. cit. Nuria VILA ÁLVAREZ, *Un patio gijonés...*, p. 143.

<sup>77</sup> Sobre estas prácticas, Luciano Castañón citaba las que debían evitarse, pues prolongaban la vida: el uso de las sábanas de cáñamo, el pabito alargado de la vela y los lamentos ante el moribundo. Luciano CASTAÑÓN, *Supersticiones y creencias de Asturias*, Gijón, Ayalga Ediciones, 1976. P. 155.

familiares, amigos y vecinos. Para anunciar el acontecimiento a todos los habitantes de la parroquia, éste se realizaba mediante el repiqueteo de campanas. El toque de difuntos se efectuaba solamente con una campana y, al igual que veíamos anteriormente en la zona urbana, si se trataba de una mujer se daban dos repiqueteos. Si, por el contrario, era un hombre el difunto, se daban tres. En el caso de que el fallecido fuese un niño, se daban indistintamente los repiqueteos propios para el género masculino o femenino, según fuese<sup>78</sup>. Mientras tanto, era necesario adquirir una caja mortuoria, para lo que se debía bajar al centro urbano y subirla posteriormente hasta la vivienda donde se estaba realizando el velatorio. En algunas zonas rurales, hasta bien entrado el último tercio del siglo XX, se transportaban mediante animales de carga, como burros o caballos.

Una vez que el pueblo ya estaba informado del acontecimiento y familiares, amigos y vecinos acudían a la casa mortuoria a presentar los respetos a la familia y al difunto y a rezar el rosario, el cura párroco acudía también, a veces con el sacristán, quien portaba la cruz y el cirio. En este caso, el sacristán solía realizar una serie de rezos a los pies del difunto por el alma de éste. Después, rezaba varias oraciones que E. Martínez nos señala de la siguiente manera:

“un padrenuestro por la buena muerte de los presentes, otro por el primero de éstos que falte, otro por la menor estancia en el Purgatorio, otro porque San Pedro les abra de par en par las puertas del cielo y otro para que cuando el Arcángel San Miguel eche sus obras en la balanza de la Justicia eterna se incline más el platillo de las buenas que el de las malas.”<sup>79</sup>

Durante el velatorio, también conocido como *veloriu* o *mazaricón*, el cual duraba aproximadamente un día, se colocaban dos velas encendidas a ambos lados de la caja mortuoria, que ardían durante todo el ritual, además del cirial que también se colocaba cerca de ésta. La función y el simbolismo de las velas encendidas se resume a dos factores importantes: la luz simboliza la vida que se va consumiendo y apagando y, por otro lado, servía para alejar a los demonios del difunto y del cuerpo. Asimismo, se pensaba que la luz ayudaría al finado a alcanzar el cielo<sup>80</sup>. También se solía amortajar al cadáver antes de que el entierro tuviese lugar. En primer lugar era propio cerrarle los ojos y atarle un paño alrededor de la cara para cerrarle la mandíbula. Luego solía

---

<sup>78</sup> Datos extraídos del testimonio de Onofre Canal Álvarez, 12 de Abril de 2014.

<sup>79</sup> *Op. cit.* Elviro MARTÍNEZ, *Costumbres asturianas*, p. 138.

<sup>80</sup> Alfonso M. DI NOLA, *La muerte derrotada. Antropología de la muerte y el duelo*, Barcelona, Belacqva, 2007. P. 297-304

vestirse, en caso de mujer, con un vestido; y, en el caso de que se tratara de un hombre, con un traje o una chaqueta. Después solía envolverse en una sábana de lino o cáñamo. Algunos difuntos dejaban como últimas voluntades ser ataviados también con un rosario o algún objeto de gran valor sentimental y/o religioso. A lo largo del transcurso del velatorio, era habitual que a partir de las doce de la noche todos los asistentes se retirasen hasta sus respectivos hogares, a excepción de los familiares lejanos y amigos allegados, pues los primeros debían de quedarse a dormir en la casa mortuoria junto con el resto de la familia. Durante la noche, las mujeres solían estar en la cocina, sirviendo al resto de los comensales cafés y algunos licores para amenizar el velatorio<sup>81</sup>. Era común que a lo largo de la noche se contasen historias de aparecidos y sucesos ocurridos en anteriores *mazaricones*<sup>82</sup>.

Una vez finalizado el *veloriu* y en vista de que todos los asistentes al entierro se encontraban ya en la casa mortuoria, tenía lugar la procesión hasta la iglesia. Es interesante mencionar que era costumbre sacar al ganado de la casa antes de sacar al féretro para efectuar la procesión<sup>83</sup>. Primeramente, el cura abría el cortejo fúnebre portando la cruz y los cirios<sup>84</sup> —a veces solía ir acompañado por el sacristán, quien portaba estos elementos—, tras éste la caja mortuoria, la cual era transportada a hombros. También era posible que, en algunas ocasiones, esta comitiva estuviese precedida por un pariente próximo al difunto, como un ahijado o ahijada. Después del féretro, familiares y asistentes cerraban la comitiva fúnebre. Mientras tenía lugar la procesión, el cura párroco iba realizando los cánticos pertinentes de difuntos y, en cada cruce de caminos, se paraba la comitiva para que éste pronunciara un responso<sup>85</sup>. Los portadores del féretro no se cambiaban en toda la trayectoria, pues llevaban además un par de varas para descansar el peso de la caja mortuoria sobre éstas mientras tenía lugar un responso. Una vez en la iglesia, tenía lugar el funeral, al que todos debían acudir con la vestimenta adecuada —ropa de color negro, nunca en manga corta y las mujeres con una mantilla—. Durante el funeral, era frecuente que las campanas tocasen a difuntos,

---

<sup>81</sup> Elviro Martínez señala que era “costumbre servir dos cafés a cada uno y tres o cuatro copas de aguardiente o anisado”, *Op. cit.* Elviro MARTÍNEZ, *Costumbres asturianas*, p. 138.

<sup>82</sup> *Op. cit.* Aurelio DE LLANO ROZA DE AMPUDIA, *Del folklore asturiano. Mitos, supersticiones y costumbres*, Oviedo, IDEA, 1972, p. 186.

<sup>83</sup> *Op. cit.* Luciano CASTAÑÓN, *Supersticiones y...*, p. 155.

<sup>84</sup> En caso de que el párroco no contase con sacristanes para portar la cruz y los cirios, la ahijada del finado solía colaborar en la tarea llevando el candelabro, dejando de esta manera el crucifijo para el sacerdote.

<sup>85</sup> Datos extraídos del testimonio de Onofre Canal Álvarez, 12 de abril de 2014.

en este caso se tocaba un repiqueteo y se paraba, y así sucesivamente a lo largo de toda la misa.

Después del funeral se procedía a llevar al féretro hasta el cementerio parroquial, o municipal, en caso de que éste último ya se hubiese edificado. Hasta la construcción de galerías de nichos, en algunos cementerios, se procedía al entierro en tumbas de suelo, en las que la caja era depositada en la fosa mediante dos cuerdas que la sujetaban mientras descendía. Aurelio de Llano afirmaba que era costumbre en toda la región asturiana, “besar un puñado de tierra y echarlo sobre la caja al dar sepultura a un cadáver”<sup>86</sup>. Una vez que el finado había recibido sepultura, el cura solía pronunciar un responso ante todos los asistentes.

Tras la inhumación del cadáver en el cementerio y el posterior responso, solían efectuarse los pagos por el funeral —la oblada—. Durante la primera mitad del siglo XX, estos pagos consistían en “pan, vino, carne o dinero”<sup>87</sup>. Anteriormente, cerca de finales del siglo XIX y principios de la centuria siguiente, era costumbre depositarlas sobre la sepultura antes de entregarla al párroco. Asimismo, era costumbre también celebrar un *consolo* familiar y un banquete fúnebre al que, en ocasiones, solía acudir el párroco.

Después de todo el proceso funerario que finalizaba con el banquete familiar, tenía lugar, como en todos los casos, el periodo de luto. A veces solían efectuarse misas por las almas de los difuntos pero la que mayor repercusión y relevancia tenía, era la celebrada por el aniversario de la muerte del finado. Tras esta celebración, la familia solía realizar de nuevo un banquete, que coincidía con el levantamiento del luto en algunos casos.

Como ejemplo de funeral y enterramiento en la zona rural de Gijón, aparte de los datos aportados concernientes a la parroquia de Santa Eulalia de Valdornón, podemos hablar del funeral de doña Filomena García Rivero. El ritual se desarrolló en la parroquia de Somió el domingo 25 de enero de 1931<sup>88</sup>. Como peculiaridad, el cadáver fue primeramente conducido al cementerio parroquial el domingo 25, realizándose una

---

<sup>86</sup> *Op. cit.* Aurelio DE LLANO ROZA DE AMPUDIA, *Del folklore asturiano. Mitos, supersticiones y costumbres*, Oviedo, IDEA, 1972, p. 188.

<sup>87</sup> *Op. cit.* Aurelio DE LLANO ROZA DE AMPUDIA, *Del folklore asturiano. Mitos, supersticiones y costumbres*, Oviedo, IDEA, 1972, p. 189.

<sup>88</sup> “Sepelio”, *El Noroeste*, Gijón, 27-01-1931.

misa posterior el lunes 26 por la mañana. La noticia nos advierte de que la conducción del cadáver hasta el cementerio supuso toda una manifestación de duelo entre los asistentes<sup>89</sup>.

Como apoyo a todo el estudio concerniente a la zona rural del municipio gijonés, es interesante mencionar y explicar algunos ejemplos que han sido recogidos en el fondo de la fototeca del Muséu del Pueblu d'Asturies. Las tres fotografías estudiadas aquí comprenden desde el año 1900 hasta 1940.

El primer ejemplo<sup>90</sup> data del año 1900. Aquí podemos ver la escena de un responso tras la inhumación del difunto en el cementerio —posiblemente parroquial—.

Los siguientes dos ejemplos pertenecen a las décadas de 1930 y 1940. En ambos se trata de sendas procesiones. La caja es llevada a hombros por un grupo de hombres que encabezan la comitiva. En el primero<sup>91</sup>, delante del féretro, aparece una mujer portando un cirio, como habíamos explicado anteriormente, puede tratarse de la ahijada del difunto. Aquí es interesante observar cómo la costumbre de tapar el rostro empieza a perderse, pero los ropajes oscuros se siguen manteniendo. El segundo ejemplo<sup>92</sup>, tres sacristanes portando los crucifijos encabezan el cortejo fúnebre. Tras éstos, aparece el féretro llevado a hombros. De nuevo, podemos fijarnos en las oscuras vestimentas de los asistentes, principal muestra del duelo en este ejemplo.

Estos documentos fotográficos son una rica fuente de información, pues además de ser un testimonio gráfico de las prácticas funerarias, corroboran los datos aportados sobre la zona rural, de tal manera que es posible determinar la escasa invariabilidad que poseía el conjunto de ritos funerarios que se llevaban a cabo.

#### ◆ Civiles

En el siglo XIX, y más concretamente a partir de la segunda mitad de la centuria, existieron en Gijón grupos ajenos al catolicismo. Se trataba principalmente de colonias inglesas y de las logias masónicas “Los Amigos de la Naturaleza y

---

<sup>89</sup> *Op cit.* “Sepelio”, El Noroeste, Gijón, 27-01-1931.

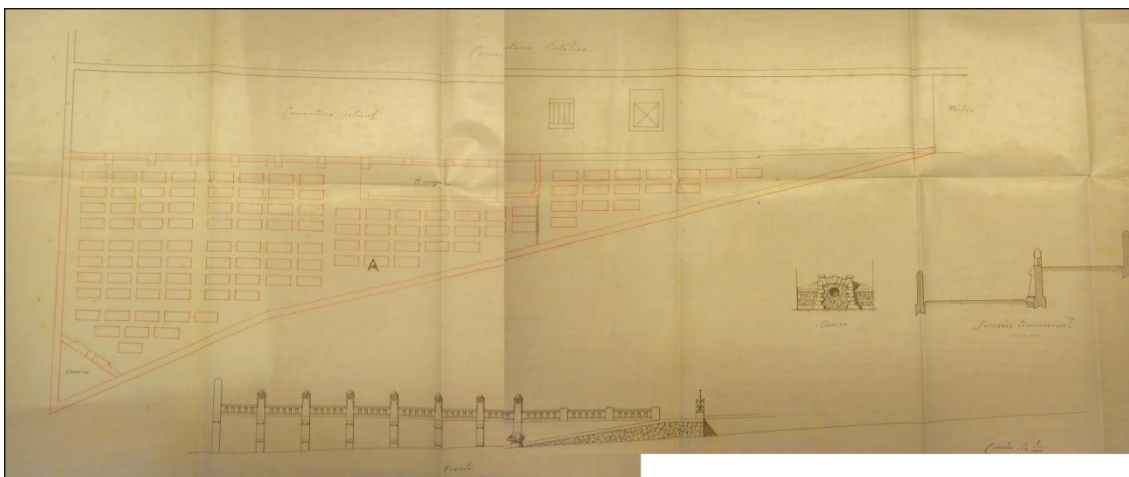
<sup>90</sup> Fig. 1, consultar Anexo p. 69.

<sup>91</sup> Fig. 5, consultar Anexo p. 73.

<sup>92</sup> Fig. 6, consultar Anexo p. 74.



Humanidad”, la “Logia Perla del Cantábrico” y algunas más fundadas a partir de 1850, que se habían asentado en la urbe gijonesa<sup>93</sup>. La aparición de estos grupos derivó en la construcción de un recinto civil adosado al cementerio católico de Ceares-El Sucu, culminando su ampliación de la mano del arquitecto municipal Miguel García de la Cruz y Laviada, el 21 de enero de 1911<sup>94</sup>.



Proyecto de ampliación del cementerio civil de Ceares-El Sucu, de Miguel García de la Cruz y Laviada, de 1908<sup>95</sup>.

A lo largo del siglo XX tuvieron lugar las construcciones de nuevos espacios inhumatorios de titularidad municipal, en la zona periurbana del municipio. Estos recintos cementeriales fueron provistos con espacios o delimitaciones para acoger enterramientos civiles, pues el consulado británico existente en la ciudad, así como los grupos de evangélicos y de masones que se habían asentado en la villa, requerían un espacio determinado y propio para poder llevar a cabo sus inhumaciones.

Todo el ritual funerario civil, que veremos a continuación, poseía interesantes similitudes con el proceso católico explicado anteriormente. Cuando se producía la muerte, el cortejo fúnebre podía comenzar desde dos puntos a consecuencia del lugar en el que acontecía el suceso: la casa mortuoria o el Hospital de Caridad. Toda la procesión fúnebre estaba encabezada por la caja mortuoria, conducida por una carroza, cuyo único atributo solía consistir en unas cintas de colores oscuros sostenidas

<sup>93</sup> Luis Miguel PIÑERA, *Los otros cementerios de Asturias*, El Comercio, Asturias, 1997, p. 15.

<sup>94</sup> A. M. G. Expediente 125. Año 1899. *Proyecto de ampliación del Cementerio Civil*.

<sup>95</sup> A. M. G. Expediente cit.

por amigos y familiares. La carroza solía ser pagada por la familia del difunto o por el propio Municipio, pues contaba con un carruaje para estos acometidos. Tras esta primera comitiva, desfilaban los compañeros del finado. En Gijón solía tratarse de socios del Centro Instructivo Republicano, del Ateneo Obrero o de la Logia masónica. Para el primer caso, si se trataba de una persona notable, todo era acompañado mediante una marcha fúnebre tocada por una banda de música. Para el caso de los masones, los compañeros llevaban un ramo de flores con una cinta donde figuraba una dedicatoria. Durante el transcurso de la procesión fúnebre, ésta se detenía frente al Colegio de los Jesuitas para promulgar algunos discursos cívicos y anticlericales. Una vez emprendida la marcha, todos se encaminaban hacia el cementerio de Ceares-El Suco, donde el difunto iba a ser enterrado en el cementerio civil. Este espacio destinado a inhumaciones civiles estaba desprovisto de ornamentos y decoraciones de tipo religiosas. Como despedida del finado, una persona distinguida del grupo de familiares, solía besar un puñado de tierra y la arrojaba posteriormente a la tumba.

En los fondos fotográficos de la fototeca del Muséu del Pueblu d'Asturies, en 1936<sup>96</sup>, aparece fotografiado el entierro de Avelino Alonso Díaz, que tuvo lugar el 21 de febrero de ese mismo año. Las fotografías fueron tomadas de nuevo por Constantino Suárez. La prensa del momento recoge la esquela<sup>97</sup>, donde se detalla el fallecimiento, que había tenido lugar el día 19, y el recorrido de la comitiva fúnebre, que partía desde la casa mortuoria en la calle Espronceda número 22 bajo hasta el cementerio.

---

<sup>96</sup> Fig. 4, consultar Anexo p. 72.

<sup>97</sup> El Noroeste, Gijón, 21-02-1936.

  
EL SEÑOR;  
**DON AVELINO ALONSO DIAZ**  
falleció en el Penal del Dueso, el día 18 de febrero  
de 1936, a los 40 años de edad

Su afiigida esposa, doña Consuelo Lueje Loredo; pa-  
dres, don Faustino Alonso y doña Carmen Díaz; ma-  
dre política, doña Hermógenes Lueje Loredo;; herma-  
nos, doña Nieves, don Amador y doña, Ludivina  
Alonso Díaz; hermanos políticos, don Adolfo García,  
don Nicolás Aguado, doña Matilde Lueje, don Jesús  
Lueje y don José Tamargo; tíos, primos y demás familia,  
Tienen el sentimiento de participar a sus amista-  
des tan sensible pérdida y la conducción del cadá-  
ver al cementerio de Ceares. 

Casa mortuoria: Espronceda, 22, bajo.

Agencia de Fombras Fúnebres CEFERINO SAN MARTIN.—Instituto, 39.

Esquela de don Avelino Alonso Díaz, *El Noroeste*, Gijón, 21-02-1936.

Merecen nuestra atención el aporte que trataré a continuación. Explicaré los datos recogidos sobre el testamento de Rosario Acuña y sus peticiones acerca de su enterramiento, además de todo el ritual fúnebre, de gran repercusión, que tuvo lugar en Gijón. En primer lugar, la propia Rosario alerta al comienzo de su testamento que se encuentra ajena a todo tipo de religión, por lo que no desea que se le relacione con ningún adorno ni símbolo religioso a lo largo del entierro. Más adelante explica cómo deseaba ser inhumada y cómo precisaba que fuera el ritual:

“Cuando mi cuerpo dé señales inequívocas de descomposición (antes de ningún modo, pues, es aterrador ser enterrado vivo) se me enterrará sin mortaja alguna, envuelta en la sábana en que estuviese, si no muriera en cama, échese me como esté en una sábana, el caso es que no se ande zarandeando mi cuerpo ni lavándolo y acicalándolo, lo cual es todo baladí; en la caja más humilde y barata que haya, y el coche más pobre (en el que no haya ningún signo religioso ni adornos o gualdrapas, de ninguna clase, todo esto cosa impropia de la sencilla austeridad de la muerte) se me enterrará en el cementerio civil, y si no lo hubiere donde muera, en un campo baldío, o a la orilla del mar o en el mar, pero lo más lejos posible de las moradas humanas. Prohíbo terminantemente todo entierro social, toda

invitación, todo anuncio, aviso o noticia ni pública ni privada, ni impresa, ni de palabra, que ponga en conocimiento de la sociedad mi fallecimiento: que vaya una persona de confianza a entregar mi cuerpo a los sepultureros, y testificar dónde quedé enterrada. Si no se me enterrase en Santander, que no se ponga en mi sepultura más que un ladrillo con un número o inicial; nada más; pero la sepultura sea comprada a perpetuidad. Si muero en Santander entiérrame en el panteón donde yacen los restos de mi madre, y donde hay nicho para mí ya comprado, y cuando yo muera póngase sobre el sepulcro de mi madre una losa de mármol con el adjunto soneto, esté o no esté mi cuerpo enterrado junto al de mi madre.”<sup>98</sup>

Sabemos que, finalmente, sus restos reposan hoy en el cementerio civil de Ceares-El Sucu, tras producirse su muerte en el Cervigón, Gijón, el 5 de mayo de 1923. No obstante, a pesar de las últimas voluntades de la escritora, la noticia se expandió rápidamente al día siguiente. Muestra de ellos es la noticia publicada en *El Noroeste*, el día 8 de ese mismo mes<sup>99</sup>. La crónica publicada días después de los acontecimientos, relata cómo la triste noticia corrió de boca en boca a lo largo y ancho de las calles gijonesas. Además, a pesar del mal tiempo, muchas personas se habían dirigido a la casa de la escritora a dedicarle el último adiós. La crónica detallaba cómo el sencillo coche fúnebre que había llegado hasta la morada de Acuña había sido innecesaria, pues todas las personas que allí se encontraban habían cargado con el féretro a hombros por el largo camino que les esperaba hasta llegar al cementerio de Ceares-El Sucu. Estos actos fueron sin duda una muestra de respeto y de duelo. Asimismo, también se detalla cómo en cada lugar de la ciudad donde era respetada y querida, se habían producido sendas manifestaciones de duelo. La crónica relataba también cómo todo el acto había sido sincero y espontáneo, real, pues toda la multitud había acompañado al féretro hasta el cementerio en el más pulcro silencio. El recorrido oficiado por la comitiva también aparece en la noticia: “Carretera del Infanzón, Avenida de Rufo Rendueles, calle de Juan Alonso, marqués de Casa Valdés, Cura Sama, Plaza de San Miguel, Covadonga, Concepción Arenal, Dindurra, Cabrales y Carretera de Ceares.”<sup>100</sup>.

---

<sup>98</sup> Extracto del testamento de Rosario Acuña de la transcripción de Luciano CASTAÑÓN, “Aportación a la biografía de Rosario de Acuña”, *Boletín del Real Instituto de Estudios Asturianos*, Oviedo, año 40, nº 11, 1986.

<sup>99</sup> “Ha muerto doña Rosario de Acuña”, *El Noroeste*, Gijón, 08-05-1923. Consultar Anexo, Fig. 11, p. 79.

<sup>100</sup> *Op. cit.* “Ha muerto doña Rosario de Acuña”, *El Noroeste*, Gijón, 08-05-1923.



Recorrido de la comitiva fúnebre de Rosario de Acuña a través de la ciudad de Gijón. *Plano General de Gijón y Puerto del Musel, 1932.*

Una vez en el cementerio, sabemos que don Mariano Merediz pronunció un breve discurso. Tras estos actos, el cadáver fue trasladado al depósito y recibió sepultura finalmente el día 7 de mayo de 1923.

## *Sobre el funeral masónico*

Curioso resulta el caso del grupo de masones que se habían asentado en Gijón a finales del siglo XIX. Este grupo tenía sus propios rituales y normas, donde se destacan algunos: los miembros debían acudir al completo para realizar todos los obsequios, llevando cada uno de ellos las insignias masónicas y debiendo ponerlas únicamente en el cementerio tras haber efectuado las ceremonias de culto. También los talleres masónicos eran los encargados de pagar los gastos de los funerales de sus miembros, siempre y cuando lo estimasen oportuno<sup>101</sup>.

Uno de los casos que se pueden citar a continuación, es el del funeral y posterior entierro de don Alberto de Lera, fallecido en Gijón el 3 de octubre de 1932<sup>102</sup>. Alberto de Lera fue el Gran Maestre de la Gran Logia Regional del Noroeste, además de haber sido una de las principales y relevantes figuras dentro de la masonería asturiana. La noticia necrológica informaba que la conducción del cadáver hasta el cementerio de Ceares-El Sucu, iba a tener lugar el miércoles día 5 a las 12.30 horas. Este dato nos puede advertir sobre el posible banquete fúnebre que se celebraría tras la inhumación, pues ya hemos visto en el ejemplo anterior de doña Filomena García, cómo la misa de funeral tenía lugar también por la mañana. Además, de especial interés es la ausencia de ningún tipo de adorno religioso, como puede verse en la siguiente esquela, lo que nos da pistas sobre su condición de masón y el tipo de funeral que iba a tener lugar.



Esquela de don Alberto de Lera Álvarez, *El Noroeste*, Gijón, 04-10-1932.

<sup>101</sup> *Op. cit.* Luis Miguel PIÑERA, *Esquelas y notas necrológicas...*, pp. 39-40.

<sup>102</sup> *El Noroeste*, Gijón, 04-10-1932.

#### 4.3.3. El uso de plañideras

Un apartado de especial interés es el dedicado al uso de las plañideras. Para comenzar, conviene explicar de manera breve que se trata de una figura que era empleada —en algunas regiones y culturas todavía perdura— en las procesiones fúnebres para los lamentos en honor del difunto. Solía tratarse de mujeres que, integradas en la comitiva, emitían lamentos y llantos, a cambio de una compensación económica o pago en especie. Solían vestir de negro y durante el cortejo fúnebre se retorcían o se lamentaban al tañido de un tambor. E. Martínez comentaba que en las zonas rurales solía pagárseles un real y, en las zonas urbanas, dos<sup>103</sup>. El estudioso asturiano también comenta que, en la zona de Caldones, éstas ya solían partir desde el corredor de la casa mortuoria, prolongando su tarea hasta el cementerio<sup>104</sup>.

A pesar de que en la actualidad han perdido vigencia, en el siglo XX tuvieron su mayor auge. Cabe señalar que el derramamiento de lágrimas no era únicamente exclusivo de las plañideras, pues en aquel entonces el no lamentarse o llorar estaba mal visto. R. González-Quevedo afirmaba que estas prácticas se deben entender como patrones culturales que facilitaban la asimilación del dolor y la empatía de la comunidad<sup>105</sup>.

#### 4.3.4. Comportamientos relacionados con el cadáver

Como ya hemos visto, los procedimientos que atañen al finado poseyeron una especial importancia, pues debía prepararse con sumo cuidado para el momento del enterramiento. Estos procesos comprendían un número importante de tareas que, pasando por amortajar al finado hasta su inhumación en la sepultura, conjugaban todo un ritual. Estos comportamientos se iniciaban con la comprobación del estado de deceso de la persona. Solía comprobarse su respiración colocando un espejo frente a su boca, prestando atención si se producía el vaho indicador de que aún seguía entre los vivos. En caso negativo, la muerte quedaba corroborada. A partir de entonces, solían realizarse algunas costumbres cercanas a la tradición, como cerrar la boca y los ojos del difunto,

---

<sup>103</sup> *Op. cit.* Elviro MARTÍNEZ, *Costumbres asturianas*, p. 145.

<sup>104</sup> *Op. cit.* Elviro MARTÍNEZ, *Costumbres asturianas*, p. 145.

<sup>105</sup> Roberto GONZÁLEZ-QUEVEDO, *Aspectos de la muerte n' Asturias. Un ensayu antropolóxicu*, Granda-Siero, Ediciones Madú, 2002. Pp. 84-85.

pues se creía que la muerte buscaría otra víctima si no se realizaba esta tarea. Además, también era costumbre besar los zapatos del finado para que éste no se apareciera<sup>106</sup>. En este momento tenía lugar el amortajamiento del mismo, que solía desempeñarse por dos mujeres a cambio de una retribución económica. Una vez que se le colocaban las vestimentas al difunto, se le cubría con un sudario y, encima de éste, se le colocaba una cruz y la Bula de Cruzada<sup>107</sup>. Hasta la llegada de la caja, se le depositaba sobre una cama y a ambos lados solían colocarse dos velas encendidas. Estas velas solían fabricarse de forma artesanal: en un vaso se vertía agua hasta la mitad, encima se echaba un poco de aceite y sobre éste se colocaba un corcho con una mecha. Cuando se traía la caja, el cadáver era depositado dentro junto con hojas de laurel, además de ponerle en las manos un crucifijo o rosario<sup>108</sup>. Durante toda la noche que duraba el velatorio, estas velas permanecían encendidas a ambos lados de la caja, hasta que al día siguiente tuviese lugar la procesión fúnebre, el funeral y el enterramiento.

Un apartado que guarda relación con los comportamientos realizados al cadáver, es la costumbre de fotografiar a los difuntos desde finales del siglo XIX hasta mediados del siglo XX. Esta práctica post mortem fue desempeñada concretamente entre los años 1870 y 1960, siendo común, además de Asturias, en regiones anglosajonas y países del norte del continente europeo y del ámbito más mediterráneo, como Francia e Italia. Este estudio ofrecía datos muy interesantes, pues la vestimenta del finado solía reflejar la posición social de la familia<sup>109</sup>.

Con el desarrollo de la ciudad y su industria, también se produjeron paulatinas evoluciones en el campo que atañe a la muerte, como hemos visto con anterioridad y explicaré en los capítulos siguientes. Previamente, hasta mediados del siglo XIX, concretamente en 1859, la ciudad gijonesa no contó con servicios especializados en el campo de la muerte. La primera sociedad encargada de estas labores fue la Sociedad de Socorros Mutuos de Artesanos de Gijón. Posteriormente surgió también la Sociedad de Socorros Mutuos de Navegantes<sup>110</sup>. Ambas se encargaban de ayudar económicamente a los familiares de los difuntos con los costes del funeral, entre otros casos.

---

<sup>106</sup> *Op. cit.* Luciano CASTAÑÓN, *Supersticiones y...*, p. 155.

<sup>107</sup> *Op. cit.* J. LÓPEZ ÁLVAREZ Y C. LOMBARDÍA FERNÁNDEZ, *Costumbres de nacimiento...*, p. 101.

<sup>108</sup> *Op. cit.* Alfonso FERNÁNDEZ TRESGUERRAS, *Alfa y Omega...*, p. 130, y *Op. cit.* L. CASTAÑÓN, *Supersticiones y...*, p. 155.

<sup>109</sup> “Retratos de cuerpo presente”, *El Comercio*, Gijón, 24-01-2014.

<sup>110</sup> *Op. cit.* Luis Miguel PIÑERA, *Esquelas y notas necrológicas...*, pp. 37-38.



Adentrados en la segunda mitad del siglo XX, existían varias funerarias en Gijón, como la Agencia de Pompas Fúnebres Ceferino San Martín, la “Antigua Funeraria” de Feliciano Rodríguez, El Ocaso S. A., entre otras.

A mediados de la década de 1960, las empresas encargadas de los servicios funerarios tomaron como referencia las funciones desempeñadas por la Empresa Mixta Municipalizada de Pompas Fúnebres de Madrid. Prueba de ello es el catálogo de las tarifas y servicios recogido en el expediente concerniente a una propuesta de construcción de un nuevo cementerio en Gijón, que no se llevó a cabo<sup>111</sup>. Como datos añadidos al estudio que sirvan como ejemplo, la empresa madrileña ofrecía —tanto para adultos como para párvulos—, las siguientes prestaciones: una serie de servicios especialmente económicos, un catálogo de féretros, coches de luto, coches de gloria, automóviles para traslados, coronarios, túmulos, interiores y cajones para traslados, urnas metálicas, un servicio de embalsamientos, la colocación del servicio, personal para la conducción de cadáveres, derechos por la tramitación de expediente y derechos por la tramitación de expedientes en traslados de restos y cadáveres.

Durante todo el siglo XX, en toda la franja periurbana del municipio gijonés fue costumbre amortajar al difunto con su mejor vestimenta, en algunas ocasiones. Después, solía envolverse en un sudario antes de depositarlo en la caja. Esta sábana solía ser de lino o de cáñamo. En ciertas ocasiones, cuando no había caja en la que guardarlo, solía cubrirse con un paño negro —paño de las ánimas—, dejando la cara descubierta, pues a veces solía taparse con una bula<sup>112</sup>.

Con la aparición del tanatorio en la última década del siglo XX en la ciudad gijonesa, concretamente en 1993, las prácticas realizadas al cadáver van a experimentar cierto auge, promovido a su vez por los avances técnicos y tecnológicos. A partir de este momento, además de amortajar al difunto, éste podrá ser tratado mediante un procedimiento higiénico-estético denominado tanatoestética. Con esta tarea se busca ofrecer un estado óptimo de conservación y de imagen hasta el momento del sepelio. Además, a partir de este momento, será obligatorio el uso de caja funeraria para todos los enterramientos o incineraciones. En cuanto a esta última, a medida que surgen

---

<sup>111</sup> A. M. G. Expediente 3036. Año 1979. *Propuesta de construcción de un nuevo Cementerio. Y “Estudio sobre el nuevo Cementerio de Gijón”*. (Contiene, además, tarifas y ordenanzas de otros Ayuntamientos).

<sup>112</sup> *Op. cit.* Aurelio DE LLANO ROZA DE AMPUDIA, *Del folklore asturiano. Mitos, supersticiones y costumbres*, Oviedo, IDEA, 1972, p. 187.

nuevos avances en el desarrollo urbano, cobra una mayor relevancia, pues supone una alternativa a las inhumaciones en tierra.

#### 4.3.5. Duelo

Alfonso di Nola ya establecía en su obra<sup>113</sup> una serie de parámetros sobre el duelo, en la que explicaba que se trataba de un “fenómeno individual y social” al mismo tiempo. El estudioso también nos previene acerca de los límites tan imprecisos que lo separan del luto. Siguiendo este esquema, conviene adentrarnos a establecer las características e intentar discernir de la manera más clara posible la limitación referida al duelo. Según di Nola y, siguiendo los parámetros establecidos por Freud, el duelo haría referencia a las nociones internas más intrínsecamente relacionadas con el ámbito psíquico y emocional del individuo o de la sociedad<sup>114</sup>. Este periodo o fase podría compararse con la etapa de cicatrización de las heridas, si bien es cierto, se diferenciaría de ésta por los varios componentes que la caracterizan. Uno de los agentes que la componen es la angustia. Ésta permanece como un estado, originando al individuo un estado ansiógeno y alejándolo de la imagen real del mundo. Este nivel es alcanzado al asociarse esta angustia con el miedo en el mismo nivel psicológico y psíquico del individuo que la padece. Estos aspectos configuran el duelo como una reacción ante la pérdida. Todo ello genera ciertas tensiones que terminan por fraguarse en forma de estrés, y el estrés, acaba convirtiéndose en crisis. Esta crisis es la que interrumpe las modalidades usuales del comportamiento de las personas afectadas, alternando con ello sus proyectos y su situación<sup>115</sup>. Siguiendo el transcurso del tiempo, di Nola postula que todas estas cuestiones acabarían por desembocar en una depresión precisamente por esta relación que guarda con el luto, aquí presentada como una interrupción o suspensión de todas las actividades vitales. Este periodo, en muchas culturas, finaliza para di Nola con la transformación del muerto en antepasado; pero también es posible superar esta fase mediante conductas diferentes<sup>116</sup>. Por otra parte, el ya citado Francesco Campione explicaba, cuando trataba el tema del duelo, la existencia de tres caminos de elaboración del mismo, asimilándolos metafóricamente como: el camino de la tumba, el camino de

---

<sup>113</sup> *Op. cit.* Alfonso M. DI NOLA, *La muerte derrotada...*, p. 10.

<sup>114</sup> *Op. cit.* Alfonso M. DI NOLA, *La muerte derrotada...*, p. 10.

<sup>115</sup> *Op. cit.* Alfonso M. DI NOLA, *La muerte derrotada...*, p. 12.

<sup>116</sup> *Op. cit.* Alfonso M. DI NOLA, *La muerte derrotada...*, p. 24-25.

la energía vital anónima y el camino de la trascendencia<sup>117</sup>. El primero de ellos supondría la asociación de la tumba con el espíritu del finado que, tras su asimilación, pasaría a formar una parte interna del individuo. El segundo camino parte de nociones enteramente biológicas, y la muerte sería un paso más dentro de un ciclo en el que la energía vital pasaría a otros seres vivientes. En estos casos, la cremación suele primar por encima del enterramiento en un camposanto. Por último, el tercer camino está asociado a la humanidad del individuo en el que la principal trascendencia reside en “dar un sentido histórico-cultural a su muerte”<sup>118</sup>.

Todas estas cuestiones referidas al duelo se deben integrar dentro de unos rituales funerarios. Para el caso, gracias a la configuración de los diferentes ritos de paso que tienen lugar dentro de la ritualidad funeraria establecida por Arnold van Gennep, es muy importante la realización de unos procedimientos para pasar del desorden ocasionado por la crisis al orden establecido por unas pautas culturales para cada región. Di Nola establece que esta ritualidad es la que canaliza y regula mediante una serie de procesos y procedimientos, los elementos individuales y colectivos de la muerte<sup>119</sup>.

En el último cuarto del siglo XX, surgen varias maneras de experimentar el duelo. Según G. Gorer, hay tres tipos de enlutados: los que ocultan por completo su dolor, los que prefieren guardarlo para sí y los que lo manifiestan libremente. Con el paso hacia el siglo XXI, la muerte adquiere un carácter más frívolo dominado principalmente por una sociedad tecnológica. A medida que se producen los avances tecnológicos, mostrar públicamente los sentimientos comienza a ser un acto cada vez menos acogido por la población, pues la cultura occidental comienza a verse sometida por un carácter cada vez más frío. Mostrar el sufrimiento públicamente ya no es una cuestión que agrade a la sociedad, ahora es mejor ocultarlo, controlarlo. Todo esto conduce a una irremediable exclusión de la muerte<sup>120</sup>.

---

<sup>117</sup> *Op. cit.* Francesco CAMPIONE, “El uso del cementerio...”, p. 102.

<sup>118</sup> *Op. cit.* Francesco CAMPIONE, “El uso del cementerio...”, p. 103-104.

<sup>119</sup> *Op. cit.* Alfonso M. DI NOLA, *La muerte derrotada...*, p. 28.

<sup>120</sup> *Op. cit.* Philippe ARIÉS, *El hombre ante...*, p. 481.

#### 4.3.6. *Consolo* y banquete fúnebre

Ambas prácticas, *consolo* y banquete fúnebre, experimentaron un auge durante el transcurso del siglo XX en el municipio de Gijón. El *consolo* consistía en la contribución alimentaria por parte de los familiares, amigos y vecinos allegados. Por otro lado, el banquete fúnebre era una celebración a la que acudían los ya citados, donde la comida desempeñaba el papel principal<sup>121</sup>. Como he explicado anteriormente en lo referente a los funerales católicos, tanto en la zona urbana como en la periurbana, era costumbre que la familia diese un banquete tras el funeral. Además, al igual que ocurría con la tradición de las misas póstumas en la zona rural del municipio, el *consolo* y el banquete fúnebre que se preparaba con todos los familiares que asistían al funeral, se mantuvo hasta finales del siglo XX. El primero era más frecuente que se llevara a cabo en algunas regiones rurales, donde los asistentes contribuían con cestas llenas de alimentos para ayudar con los gastos del banquete fúnebre<sup>122</sup>. El segundo se desempeñó en el ámbito rural y el urbano indistintamente, aunque en éste último, su asiduidad se vio paulatinamente degradada con el transcurso hacia el siglo XXI. Como se puede apreciar, en la zona urbana, de igual forma que ocurría con las misas póstumas en los testamentos y con las que podemos establecer cierto vínculo en relación con el banquete fúnebre, el uso de ambos se va degradando a medida que el siglo XX se acerca a su conclusión. Es quizás el avance y el desarrollo tanto demográfico, con su previo desarrollo urbanístico, como tecnológico una de las causas de la pérdida de estas tradiciones y costumbres.

Además de celebrarse tales costumbres tras el funeral, con una mayor asiduidad en ambas zonas —urbana y periurbana—, el banquete fúnebre se realizaba también con motivo de una celebración de aniversario al cabo de un año. Se trataba de una misa que se efectúa todavía en la actualidad para conmemorar y recordar al difunto un año después de su fallecimiento. Es costumbre que familiares, amigos y vecinos del fallecido se reúnan y celebren una misa en su memoria. Tras ésta, la familia suele celebrar un banquete. Tiene lugar también una variante que consiste en efectuar dicha comida antes de la celebración religiosa, pero, tanto si se realiza antes o después de la misa, ésta queda restringida únicamente a los familiares más cercanos del fallecido.

---

<sup>121</sup> *Op. cit.* Alfonso M. DI NOLA, *La muerte derrotada...*, p. 193.

<sup>122</sup> *Op. cit.* Aurelio DE LLANO ROZA DE AMPUDIA, *Del folklore asturiano...*, p. 188.

Resulta interesante resaltar la relación que guarda el luto con los alimentos del *consolo*, pues es a través de estos últimos con los que el individuo “vuelve a aceptar la vida desde el punto de vista de su contenido alimentario”<sup>123</sup>. Durante esta celebración, existe cierta obligación por las personas afligidas por la pena y el luto de consumir íntegramente los alimentos que allí se encuentren. Esta prescripción, según Di Nola, ayuda al levantamiento del tabú. Por su parte, el *consolo* es una muestra de una colectivización entre el grupo familiar y los que realizan las ofrendas alimentarias<sup>124</sup>.

En cuanto a los orígenes del banquete fúnebre, conviene puntualizar que su celebración se remontaba a la Antigüedad Clásica, y llegando a superar después el periodo de cristianización. Posee varias funciones determinantes en la vida del individuo: “honrar al finado a través del alejamiento de la presencia nefasta, voluntad de ostentación de la riqueza al adquirir proporciones desmesuradas, celebrar un momento de colectivización, neutralizar la agresividad del muerto mediante el consumo común de las viandas y restaurar las relaciones entre vivos y excluir a los muertos”<sup>125</sup>. Es también frecuente que durante la celebración de los mismos, se efectúen excesos alimentarios y se alcance la ebriedad. Las razones pueden ser variopintas, desde la intencionalidad de honrar al difunto como a la familia del oferente, hasta la de apreciar los alimentos suministrados. En todos los casos existe un patrón básico común, que se resume al consumo de vino y alimentos en casi todas las celebraciones tras el funeral.

#### 4.3.7. Luto

Una vez finalizado el proceso ritual del funeral, aún quedaba una parte importante en la vida de los familiares: el luto. Hasta finales del siglo XX quedaban vestigios de una tradición de luto fuertemente arraigada pues, a pesar del resto de circunstancias dentro de la vida de un individuo, éste debía acatar el luto hasta que se produjese su cese. El luto en la vida de una persona podía durar entre seis meses, si era un familiar lejano, y dos o más años si se trataba de un familiar cercano. Esto nos lleva a la clasificación del luto de Di Nola<sup>126</sup>: estricto —para los familiares cercanos— y semiluto —para los lejanos—. Durante éste, independientemente del tipo que se trate,

---

<sup>123</sup> *Op. cit.* Alfonso M. DI NOLA, *La muerte derrotada...*, p.194.

<sup>124</sup> *Op. cit.* Alfonso M. DI NOLA, *La muerte derrotada...*, p.195.

<sup>125</sup> *Op. cit.* Alfonso M. DI NOLA, *La muerte derrotada...*, pp.197-198.

<sup>126</sup> *Op. cit.* Alfonso M. DI NOLA, *La muerte derrotada...*, p. 50.

tan sólo podían vestirse ropajes negros. En la última fase, tenía lugar el periodo denominado de alivio, durante el cual se combinaban los colores negro y blanco. Tras éste, el luto cesaba y se retomaban de nuevo las costumbres.

Se debe puntualizar que el luto abarca el periodo inmediatamente después al óbito y tiene que ver con los comportamientos del individuo, de tal manera que éstos afectan a la vestimenta, a los hábitos y a las actitudes del que lo padece<sup>127</sup>.

Como se vio explicado con anterioridad en el apartado sobre los funerales y enterramientos concernientes a la zona periurbana de Gijón, el luto suponía un periodo de tiempo durante el cual el individuo se veía restringido no solamente en lo que atañía a las vestiduras, sino que, además, invadía varios aspectos de la vida privada y pública. En muchas culturas supone un cese del resto de las actividades cotidianas hasta que, tras un determinado periodo de tiempo, se abandona el luto y éstas se retoman con total normalidad.

Una vez explicado este arduo periodo de tiempo en el ámbito gijonés, considero relevante desglosar cada uno de los elementos, los significados y la simbología que esconde todo este proceso temporal, pues sí es posible determinar ciertas pautas básicas comunes a todos los ámbitos y regiones. Para ello tomaré como referencia la ya citada obra de Alfonso di Nola, *La muerte derrotada*, pues dedica un capítulo al luto y todo lo que implica en una sociedad.

Primeramente, debemos tener presente que en el luto surge un antes y un después. El antes, obviamente está marcado por los acontecimientos que ocurren tras el óbito y que guardan una fuerte relación con lo ocurrido tras el sepelio. Pero dentro de toda esta franja temporal, existe otro momento, el después, —conocido por los etnólogos como *lifting of the tabu*<sup>128</sup>— en el que se supera, se elimina o se levanta el tabú ocasionado por el luto. Este preciso momento marca un antes y un después en la vida del individuo que ha estado experimentando todos los por mayores del luto, pues a partir del *lifting of the tabu*, debe reintegrarse y acogerse de nuevo a la normalidad de la vida que venía experimentando hasta antes de haber entrado en contacto con una de las caras de la muerte. Este proceso a través del cual se levanta el tabú suele contener cierta

---

<sup>127</sup> *Op. cit.* Alfonso M. DI NOLA, *La muerte derrotada...*, p. 47.

<sup>128</sup> *Op. cit.* Alfonso M. DI NOLA, *La muerte derrotada...*, p. 47.

dos de conflicto interno, pues, en ocasiones, reincorporarse otra vez a las funciones normales de la vida supone asumir ciertas realidades emocionales y psicológicas.

Durante todo el periodo de luto, habíamos visto cómo se cambiaban las vestiduras y los colores de las mismas. Di Nola<sup>129</sup> considera que había dos causas para todo ello: 1) se trataba de una señal dirigida al resto de la comunidad y, 2) suponía la manifestación pública del dolor del individuo. En Asturias, algunas mujeres usaban la montera de su marido; los hombres, por su parte, llevaban una banda negra en la chaqueta o abrigo<sup>130</sup>. Como ya hemos visto, existía un periodo en el que se vestía de alivio. Este recurso suponía una atenuación al sentimiento de culpa que solía derivar de todos los hechos psíquicos que afectaban al individuo cuando se encontraba bajo este proceso de aflictivo. En cuanto a los colores, el negro que utilizamos durante este tiempo deriva de la tradición mediterránea de época romana, pues este color estaba relacionado con el ámbito de la muerte, de la desgracia y ya era utilizado por aquel entonces para los mismos fines<sup>131</sup>.

En lo que atañe a la duración del proceso, ésta depende principalmente y en un mayor grado de la relación que existía con el finado. Una estrecha relación suponía una mayor duración del luto. La causa radicaba principalmente en la superación del duelo y la desculpabilización ya mencionada<sup>132</sup>.

A lo largo de este periodo era habitual que varios familiares, amigos y vecinos, visitasen a aquellos que se encontraban bajo el yugo del luto. Esto era mucho más frecuente dentro del ámbito rural aunque también se extrapoló a la zona urbana. Esta visita, además de suponer una norma de etiqueta, puede resultar como una forma de aliviar el dolor padecido de la familia en cuestión<sup>133</sup>. De especial interés resulta lo que menciona E. Martínez sobre el luto en la ciudad: “era de rigor tener cerrada una hoja de la puerta de la calle durante ocho días consecutivos.”<sup>134</sup>.

Asimismo, además de todas las prácticas mencionadas, la realización de misas y las ofrendas florales suponían una parte importante en el proceso. Era frecuente,

---

<sup>129</sup> *Op. cit.* Alfonso M. DI NOLA, *La muerte derrotada...*, p. 49.

<sup>130</sup> *Op. cit.* Elviro MARTÍNEZ, *Costumbres asturianas*, p. 155.

<sup>131</sup> . Es interesante todo el proceso, explicado por Di Nola, que atañe al uso de los colores, *Op. cit.*, pp. 50-55.

<sup>132</sup> *Op. cit.* Alfonso M. DI NOLA, *La muerte derrotada...*, p. 56.

<sup>133</sup> *Op. cit.* Alfonso M. DI NOLA, *La muerte derrotada...*, p. 61.

<sup>134</sup> *Op. cit.* Elviro MARTÍNEZ, *Costumbres asturianas*, p. 155.

como ya hemos visto, la realización de una misa recordatorio al cabo de un año tras el óbito.

Cuando el luto desaparece, es común seguir manteniendo cierto contacto con el finado a través de la ofrenda floral, la celebración del aniversario anual o durante el Día de Todos los Santos y el Día de los Difuntos celebrados el 1 y el 2 de noviembre, respectivamente, en el ámbito católico.

Para concretar, es interesante resaltar cómo durante todo este proceso, el individuo comienza a ser invadido por una culpabilidad que determina un estado dominado por el automatismo. Martin Segalen afirmaba:

“la muerte siempre es una manifestación de desorden que, en todas culturas, se acompaña con gestos que permiten retomar el curso normal de la vida.”<sup>135</sup>

Durante este tiempo, las prácticas y las costumbres son guiadas por los comportamientos propios del luto. Cuando se abandona, se superan todos los tabúes y el individuo vuelve a retomar sus tareas con normalidad, haciéndose ya dueño de sus acciones de nuevo: es el final del luto.

#### **4.4. El avance hacia el siglo XXI**

Durante todo este apartado hemos visto cómo se produce todo el complejo ritual funerario, independientemente del tipo que sea —católico o civil, urbano o rural—. A lo largo del transcurso del siglo XX, el complejo proceso permanece casi inalterado, a excepción de algunas variantes en algunos casos. Hasta 1983, las cinco funerarias con las que contaba la ciudad gijonesa se unificaron en una sola. Este acontecimiento, al que diez años más tarde se le añadió la fundación del tanatorio, supusieron un cambio casi radical en la concepción de todo el proceso fúnebre. Inicialmente, esta construcción contó con nueve salas que, en vista de la creciente demanda, tuvo que necesitar una ampliación a veintiuna salas. Además, la incineración que comenzaba también a abrirse paso dentro de la ciudad asturiana, derivó en la construcción de un horno crematorio en

---

<sup>135</sup> Martín SEGALÉN, *Ritos y rituales contemporáneos*, Madrid, Alianza Editorial, 2005. P. 65



1995<sup>136</sup>. Hasta la creación del tanatorio, las familias velaban a sus difuntos en los hogares. A partir de este momento —que podemos establecer como punto de inflexión en la historia del ritual funerario de Gijón—, paulatinamente se fueron demandando cada vez con una mayor incidencia, los servicios prestados por el tanatorio y, por consiguiente, los ofrecidos por la Funeraria Gijonesa.

Es en este momento, en la última década del siglo XX, cuando el ritual funerario se convierte en un proceso lleno de trámites que, en la mayoría de los casos, suceden dentro de los límites del tanatorio. Ahora, a partir del momento que acontece la muerte, todo el proceso corre en manos de empresas funerarias que se encargan de todos los pormenores del proceso, además de ofrecer una extensa y rica variedad de servicios.

En el caso gijonés, la familia elige entre un vasto catálogo, la caja funeraria, el tipo de adornos que la decorarán, las flores, la esquela, el funeral o ceremonia, el tipo de enterramiento y el lugar. Es interesante mencionar que, en algunos casos, las compañías de seguros ofrecen ciertas características y servicios ya contratados, por los que ya no será necesario que se encarguen de ellos la propia familia. En ocasiones, el difunto deja ya preparado en vida todos los por mayores del proceso.

En cuanto al tratamiento del cadáver, éste es amortajado igualmente como venía ocurriendo hasta este momento, pero además, la propia funeraria ofrece un servicio especial de tanatoestética. Se trata de un tratamiento higiénico-estético opcional, consistente además en aplicar una base de maquillaje o rehabilitar el estado del finado para que éste se encuentre en buenas condiciones durante todo el proceso<sup>137</sup>. Tras este tratamiento, en caso de que el difunto lo recibiese, éste es trasladado a una cámara que cuenta con unas condiciones adecuadas para su conservación. Esta habitación cuenta con un acceso y un cristal que comunica con una sala acondicionada para que la familia pueda recibir las condolencias de una notable cantidad de amigos, demás familiares y vecinos.

Durante el tiempo que la familia permanece en el tanatorio velando al difunto, ésta controla todo el proceso con la posibilidad de que la empresa atienda a todas las peticiones de la misma. A lo largo de toda la estancia en el tanatorio, las

---

<sup>136</sup> Datos extraídos de la entrevista realizada a Manuel Coya Señor, encargado de la Funeraria Gijonesa, el 22 de abril de 2014.

<sup>137</sup> Datos extraídos de la entrevista realizada a Manuel Coya Señor, encargado de la Funeraria Gijonesa, el 22 de abril de 2014.

nuevas tecnologías posibilitan un servicio de pésames y entrega de flores vía internet, que la propia funeraria se encarga de retransmitir a los familiares.

Sobre el funeral, el propio tanatorio ofrece la posibilidad de una celebración en un salón habilitado para efectuar todo tipo de rituales y cultos. Sí cabe mencionar una peculiaridad relevante en la celebración católica: la supresión de la comunión y del sermón del cura, en base a la ordenanza promulgada por el Obispado de Oviedo.

El lugar de enterramiento fue modificado con la creación de un nuevo cementerio general en 1998: el cementerio de Deva.co, la falta de espacio en Ceares-El Sucu y su absorción por la trama urbana se cristalizaron en la construcción de una nueva necrópolis alejada de la población. Este nuevo espacio para la muerte supuso nuevas formas de enterramiento, como el parque de cenizas o los columbarios, entre otras.

Sin duda, el paso al siglo XXI en Gijón supuso una evolución cuyo principal protagonista fue el tanatorio. Con su fundación, se buscó dar a las familias un lugar con unos espacios llenos de solemnidad y respeto, a la vez que se trató de incorporar todos los elementos y paliar todas las necesidades propias del ritual funerario. Aunque actualmente goza de casi toda la aceptación dentro de la población gijonesa, ésta supuso un paulatino proceso de asimilación para los habitantes de la ciudad. Es quizás este previo rechazo o desconfianza, unidos con la fuerte solemnidad y silencio que generan estos nuevos espacios para la muerte, los que hayan ayudado al profundo cambio que se generó entorno al ritual funerario y sus costumbres.

Algunos autores prefieren referirse a una “desacralización”, ya que estos nuevos edificios y los avances referidos a los tratamientos tanatopráxicos no hacen más que alejar la muerte del espacio familiar, simulando un estado de dormición en el finado<sup>138</sup>. Además, como hemos visto, con el fin próximo de la centuria, aconteció también un hecho significativo dentro de las zonas industrializadas. Posiblemente el progresivo aumento de los avances tecnológicos, además de todo lo que ello conllevaba, pudo ser una de las causas factibles sobre una paulatina oposición hacia la muerte. Este hecho es la “imagen invertida” sobre la muerte a la que se refiere Ariés<sup>139</sup>.

---

<sup>138</sup> Jean-Louis BAUDOUIN Y Danielle BLONDEAU, *La ética ante la muerte y el derecho a morir*, Barcelona, Herder, 1995. Pp. 48-53.

<sup>139</sup> *Op. cit.* Philippe ARIÉS, *El hombre ante...*, p. 466.

## V. CONCLUSIONES

Resulta visible, al final de todo el estudio, el importante contraste que se produce entre las costumbres funerarias en los albores de la centuria del XIX y las que en pleno siglo XXI dominan el panorama del ritual funerario. En el XVIII, uno de los atisbos de estos cambios que germinan a lo largo de tres siglos, ya se apreciaba en las cláusulas testamentarias. El miedo a la muerte deja de experimentarse en la carne propia transformándose en un temor hacia el cese y defunción de los seres queridos. Esta nueva concepción, experimentada principalmente en el transcurso hacia el siglo XX, va a cultivar, si bien de manera inconsciente, una serie de sentimientos álgidos y dramáticos de los que no se tendrá pudor en mostrar. La muerte se hace, a partir de este momento, mucho más significativa, dramática y exaltada. Para Ariés, es esto último lo que la hará bella, pues tras cruzar los límites de lo comedido y lo domado, ahora se hace reacia a ser sometida y controlada a favor de un salvajismo inmenso, patético y bello como la propia naturaleza<sup>140</sup>.

Como vimos anteriormente, el cambio del lugar mortuario resultó bastante relevante, pues terminó por transformar una parte del ritual funerario. Si en pleno siglo XIX y gran parte del XX, los hogares gijoneses eran el principal lugar para que la muerte acechase a los moribundos, a finales de la centuria y principios de la siguiente, este lugar fue sustituido por el hospital. Este hecho denota la adaptación del ritual funerario a los nuevos emplazamientos donde va a tener lugar la muerte. Las causas radican en varios aspectos determinantes. En ocasiones, atender al enfermo y a todos los familiares y amigos que acudían al velatorio resultaba cada vez más complejo. Además, los cambios en el estilo de vida de los ciudadanos, derivados del crecimiento urbano, tecnológico y social, hacían casi incompatible atender a todas las necesidades del futuro finado. En estos casos, el hospital supuso una excelente alternativa, pues lograba aunar el orden y los cuidados necesarios para el enfermo hasta que llegara su defunción.

En este contexto, la muerte pasó a ser progresivamente un acto cada vez más comedido, reservado a familiares y amigos más allegados. Esta es otra de las alteraciones que sufrió el ritual funerario, pues la procesión termina por adaptarse a los nuevos espacios: hospital, tanatorio y sepultura o cremación. La casa mortuoria donde

---

<sup>140</sup> *Op. cit.* Philippe ARIÉS, *El hombre ante...*, p. 505.

acudían éstos a otorgar sus condolencias a la familia, experimentó un canje a favor de una nueva edificación: el tanatorio. En la actualidad, este edificio ofrece una rica variedad de servicios para el difunto y sus familiares. Además, con las nuevas tecnologías, ahora existe la posibilidad de enviar las condolencias a través de correo electrónico, en detrimento de un trato humano y más cercano como ocurría en pleno siglo XX. Es quizás este avance tecnológico uno de los principales factores que ayudan al enfriamiento y distanciamiento de la muerte dentro de la sociedad.

Toda la pomposidad que veíamos en las procesiones fúnebres que invadían y paralizaban toda la ciudad gijonesa, ahora eran sustituidas por el rechazo y la supresión del duelo. La comitiva fúnebre que partía de la Estación del Norte y atravesaba todo el núcleo urbano gijonés hasta el cementerio de Ceares-El Sucu, se extinguió considerablemente a medida que se aproximaba el siglo XXI. Ahora, del tanatorio, el finado será o bien trasladado al cementerio o al horno crematorio, siendo un acontecimiento reservado sólo a la familia y los amigos más íntimos.

Con ello, el duelo y el luto terminaron por pasar de experimentar un auge a vivir en la clandestinidad, evitando el tipo de manifestación pública que veíamos a finales del siglo XIX. Si a principios del siglo XX el duelo se manifestaba públicamente, una centuria más tarde se reserva a los más cercanos. Lo mismo sucede con el luto: antes concluía tras un determinado tiempo, ahora es necesaria la intervención de un médico para no ser fruto del rechazo social.

“Las estructuras socioculturales intervienen en este proceso de manera evidente. En la medida en que las civilizaciones acumuladores de hombres dominan más a la muerte a través de lo simbólico, todo ocurre como si la multiplicidad de los tabúes referentes al desenlace fatal impidieran hacer de la muerte el tabú por excelencia.”<sup>141</sup>

Con estas palabras de Louis-Vincent Thomas, ciertos aspectos tratados a lo largo de este estudio encuentran detonante y parte de la explicación al discurso sobre la evolución del ritual funerario. Si bien es cierto, Thomas se refería a un territorio aún mayor del tratado en la investigación, pero en base a estos datos, se ve cómo estos cambios también se producen en la ciudad gijonesa en la medida de lo posible. Todo esto enlaza también con los postulados que Ariés y Vovelle formulaban, ya mencionados anteriormente.

---

<sup>141</sup> *Op. cit.* Louis-Vincent THOMAS, *Anthropologie...*, p. 346.

“Yo hablaría de deslizamientos progresivos o de estratificaciones que hacen que en un mismo momento, según los ambientes o los lugares, coexistan actitudes tradicionales o actitudes renovadas. En nuestra actitud frente a la muerte todos testimoniamos un conjunto de representaciones y de comportamientos que remiten a diferentes estratificaciones.”

Como vemos en palabras de M. Vovelle, la teoría defendida en esta tesis sobre los factores y las características sociales de un ambiente y lugar determinado que afectan y caracterizan el ritual funerario, encuentran su principal base como argumento al estudio efectuado.

En cuanto a la relación del ritual funerario con la original clasificación establecida por Arnold van Gennep, podemos determinar una clasificación propia de todos y cada uno de los procedimientos que han cobrado protagonismo a lo largo y ancho de estas líneas. Tomando también como referencia los cuadros clasificatorios de A. Tresguerres comentados en el capítulo IV, podemos integrarlos y adaptarlos a todo el estudio. De esta manera es posible establecer una clasificación propia a tenor de toda la evolución y la franja temporal tratada. Acotando el periodo de tiempo a los días en los que se desarrolla todo el ritual, podemos comenzar ubicando dentro de los ritos de separación los siguientes acontecimientos: la elaboración del testamento, los anuncios de muerte, el sacramento de la extremaunción, todas las labores que contribuían a mermar la agonía del difunto, el diagnóstico y tratamiento en el hospital y los últimos cuidados que recibe el moribundo; además, también se destacan dentro de este tipo de rituales, las tareas de amortajar al cadáver y de introducirlo dentro de la caja, además de los tratamientos que precisase y, recientemente, la tanatoestética. En cuanto a los ritos de margen, podemos distinguir principalmente el velatorio, la estancia en el tanatorio, los pésames y las ofrendas florales; pues con el posterior entierro o incineración se solía producir un rito de primera agregación o de agregación provisional<sup>142</sup>. Resulta también importante mencionar que, durante el funeral, se solían producir también ritos de margen: la vestimenta y los rostros tapados de los familiares durante la procesión fúnebre. El *consolo* y el banquete fúnebre que se realizaban a continuación pertenecen también a este grupo de agregación, pues aunque fuese de manera temporal, paliaban en cierta medida el estado de depresión y angustia del individuo, y lo integraban en la sociedad. El luto constituye un segundo rito de separación, pues la familia queda

---

<sup>142</sup> *Op. cit.* Alfonso FERNÁNDEZ TRESGUERRES, *Alfa y Omega...*, p. 204.

prendida de unas determinadas prácticas y comportamientos hasta que se produce el levantamiento del tabú, que, ocasionalmente, solía coincidir con la celebración del aniversario de la muerte del difunto. En esta ocasión, el banquete fúnebre constituía, junto con la celebración de la misa, unos ritos de agregación al mundo de los vivos y de superación del tabú, en los que se retomaba de nuevo la vida normal.

Rituales Procesos y protagonistas	Separación	Margen	Agregación
<b>Difunto</b>	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Elaboración del <b>testamento</b>.</li> <li>- Agonía.</li> <li>- <b>Extremaunción cristiana</b> (supone a la vez un rito de agregación al mundo de los muertos).</li> <li>- Diagnóstico y últimos cuidados en el hospital.</li> <li>- <b>Muerte</b> (ritos de separación del mundo de los vivos).</li> <li>- Algunos comportamientos relacionados con el cadáver.</li> <li>- <b>Entierro</b> (ritos de purificación, dar sepultura).</li> </ul>	<p><b>Velatorio y funeral:</b></p> <ul style="list-style-type: none"> <li>- Comportamientos relacionados con el cadáver (mortaja, tanatoestética y/o introducción en la caja).</li> <li>- Ofrenda floral.</li> <li>- Procesión fúnebre.</li> <li>- Responso.</li> <li>- Misa de funeral.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>- <b>Entierro o incineración</b> (ritos de agregación al mundo de los muertos).</li> </ul>
<b>Familiares</b>	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Prácticas para no retardar la agonía del moribundo.</li> <li>- Última visita al hospital.</li> <li>- Comprobación de la muerte o diagnóstico médico de la defunción.</li> <li>- Sacar al difunto al exterior del hogar.</li> <li>- Traslado al tanatorio.</li> <li>- <b>Entierro</b> (separación definitiva del finado).</li> <li>- <b>Óbito - Luto</b> (2º rito de separación).</li> </ul>	<p><b>Velatorio y funeral:</b></p> <ul style="list-style-type: none"> <li>- Comportamientos relacionados con el cadáver.</li> <li>- Ofrenda floral.</li> <li>- Recibimiento de condolencias y pésames.</li> <li>- Estancia en el tanatorio.</li> <li>- Procesión fúnebre.</li> <li>- Responso.</li> <li>- Misa de funeral.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>- <b>Entierro o incineración</b> (rito de agregación provisional).</li> <li>- Fin del <b>luto</b> (levantamiento del tabú).</li> <li>- Oblea.</li> <li>- <i>Consolo</i>.</li> <li>- Banquete fúnebre.</li> <li>- Última visita al cementerio.</li> <li>- Integración y aceptación de la muerte.</li> </ul>
<b>Funeral</b>		<ul style="list-style-type: none"> <li>- <b>Velatorio:</b></li> <li>- Comportamientos relacionados con el cadáver.</li> <li>- Prácticas y rezos de los familiares.</li> <li>- Determinada vestimenta</li> </ul>	<p><b>Entierro:</b></p> <ul style="list-style-type: none"> <li>- Inhumación.</li> <li>- Incineración.</li> <li>- Responso.</li> <li>- Ritos de purificación (también constan</li> </ul>

		de los familiares.	como ritos de separación).
<b>Luto</b>	<ul style="list-style-type: none"> <li>- <b>Duelo.</b></li> <li>- <b>Funeral.</b></li> <li>- <b>Óbito.</b></li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>- <b>Entierro</b> (al mismo tiempo supone también un rito de separación).</li> <li>- Supresión de la vida cotidiana.</li> <li>- Determinados comportamientos durante el luto.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Conmemoraciones.</li> <li>- Banquete fúnebre.</li> <li>- Celebración anual (misa y banquete fúnebre).</li> <li>- Última visita al cementerio.</li> </ul>

En el cuadro vemos cómo muchos de los procedimientos pueden encontrarse como ritos de agregación y de separación. El motivo radica en las varias connotaciones que tienen dependiendo de quién sea el que los realice y a quién le son aplicados. Este cuadro resume de manera sencilla los múltiples rituales funerales que tuvieron y tienen todavía vigencia dentro de Gijón, estudiados aquí como ritos de paso según la obra de A. van Gennep.

Al igual que muchos de los estudios aportados en este campo, gracias a la previa distinción y clasificación de tipos de ritos, es posible determinar que la mayoría de los acontecimientos y procesos que surgen con el ceremonial funerario van especialmente dirigidos a los familiares vivos del difunto. Como ya hemos visto, muchos de los rituales suponen una separación del mundo de los vivos para los parientes del difunto, pues éstos deben guardar un periodo de luto iniciado previamente con el duelo o con el sepelio. Por consiguiente, tras el luto guardado tienen lugar los rituales de reintegración, para lo cual se lleva a cabo un esplendoroso banquete fúnebre tras haber conmemorado su muerte al cabo de un año. A estos dos tipos de rituales —de margen y de agregación— les corresponde la mayor importancia pues, como ya postulaba L.-V. Thomas, éstos van especialmente dirigidos a los supervivientes y a ayudarlos con la superación de la muerte del difunto<sup>143</sup>. Esta afirmación nos lleva a asumir y afirmar una de las sospechas que se puede apreciar durante todo el estudio: el rito funerario atañe y cobra su máxima importancia al entrar en contacto con los familiares que sobreviven al finado. A pesar de que éste es situado en una posición de

<sup>143</sup> Louis-Vincent THOMAS, *La muerte. Una lectura cultural*, Barcelona, Paidós Studio, 1991. P. 115-117.

relativo protagonismo durante el cortejo fúnebre, las celebraciones funerarias son elaboradas funcional, utilitaria y sentimentalmente para los vivos que las llevan a cabo bajo unas fórmulas aceptadas por la comunidad.

Louis-Vincent Thomas dejaba patente este hecho de la siguiente manera:

“el ritual sólo toma en cuenta un destinatario: el individuo o la comunidad sobrevivientes. Su función fundamental, tal vez inconfesada, es la de curar y prevenir, función que por otra parte presenta múltiples aspectos: aliviar el sentimiento de culpa, tranquilizar, consolar, revitalizar.”<sup>144</sup>

“La muerte con todo lo que suscita es un revelador metafórico del mal de vivir.”<sup>145</sup>. Con esta frase, Vovelle concluía su estudio sobre el discurso en torno a la muerte, estableciendo que todos y cada uno los condicionantes de la vida del individuo —estamos hablando de factores tanto externos como internos—, serían los determinantes del ritual funerario.

Como se ha explicado a lo largo de toda la investigación, todos los procedimientos y procesos, que se llevaban a cabo durante los rituales en torno a la muerte, han estado condicionados por la propia vida del finado: por factores externos —históricos, sociológicos, demográficos, tecnológicos, económicos— y factores internos —clase social, edad, sexo, afeción, relaciones familiares. Todos ellos atañen a un momento, lugar, estado e individuo determinado, por lo que es posible experimentar con ello una evolución y variabilidad dentro del ámbito de muerte. En una zona concreta, como es el caso de la ciudad sometida a estudio, Gijón, se ha podido observar cómo una paulatina evolución surgida de los cambios en la vida de los habitantes ha modificado el ritual funerario, de manera palpable, a lo largo de más de dos siglos. Además, la inmersión en una cultura capitalista-mercantil donde la muerte pasa a ser un aspecto cada vez más comercial, con un trato cercano a un producto de consumo<sup>146</sup>, sugiere una palpable evolución en todo este campo. Aunque veíamos cómo todo el proceso funerario ha cambiado con el transcurso del tiempo hacia una exteriorización del mismo, mucho más comedida, sí es posible apreciar cómo la sociedad ha salido de las

---

<sup>144</sup> *Op. cit.* Louis-Vincent THOMAS, *La muerte...*, p. 116.

<sup>145</sup> *Op. cit.* Michelle VOVELLE, *Ideologías y mentalidades*, p. 118.

<sup>146</sup> *Op. cit.* R. E. AGUILERA PORTALES Y J. GONZÁLEZ CRUZ, “La muerte como límite antropológico...”, artículo 56.



ceremonias casi inmutables que tenían lugar durante el siglo XX, entrando en un ritual con una mayor variedad de procedimientos y opciones funerarias. Es posible asumir cómo la sociedad ha salido de este tipo de ceremonias adentrándose en los albores de un ritual que ofrece unas mayores posibilidades y opciones funerarias —nuevos tipos de inhumación, cremaciones, catálogos, misas...—. En parte, la multiplicidad de procesos y alternativas que surgen con el siglo XXI vienen determinadas en gran medida por las nuevas tecnologías, las nuevas formas de enterramiento y la construcción del Nuevo Cementerio de Gijón —en Deva—, además de los factores ya citados. Asimismo, por ello es posible determinar de manera firme la existencia de una posterior trayectoria evolutiva a lo largo del siglo XXI y siguientes, pues los nuevos cambios que afectan al ámbito de la vida suceden cada vez a una mayor celeridad. Estas transformaciones serán sin duda los principales detonantes de una evolución en la que, a pesar del paradójico desenlace de la muerte, el fin aún no parece nada visible.

“La muerte —como la vida— imita al arte”<sup>147</sup>.

---

<sup>147</sup> *Op. cit.* Nigel BARLEY, *Bailando sobre la tumba...*, p. 22.

## VI. FUENTES

### 6.1. Fuentes documentales

- Archivo Municipal de Gijón (A. M. G.)  
Expedientes de cementerios municipales.
- Archivo Histórico Diocesano de Oviedo (A. H. D. O.)  
Libros de fábrica de las parroquias del Arciprestazgo de Gijón.
- Museo del Pueblo de Asturias (M. P. A.)  
Fondo documental.

### 6.2. Fuentes impresas

- BELLMUNT, Octavio Y CANELLA, Fermín, *Asturias*, Gijón, 1895-1900.
- CABAL, Constantino, *Diccionario Folklórico de Asturias*, Oviedo, Instituto de Estudios Asturianos, 1984.
- CASTAÑÓN, Luciano “Aportación a la biografía de Rosario de Acuña”, *Boletín del Real Instituto de Estudios Asturianos*, Oviedo, año 40, nº 11, 1986.
- CASTAÑÓN, Luciano, *Mitología Asturiana*, Oviedo, Principado de Asturias Conserjería de Educación y Cultura, 1983.
- CASTAÑÓN, Luciano, *Supersticiones y creencias de Asturias*, Gijón, Ayalga Ediciones, 1976.
- JOVE Y BRAVO, Rogelio, *Mitos y supersticiones de Asturias*, Oviedo, “La Comercial”- Imprenta, 1903.
- LÓPEZ ÁLVAREZ, J Y LOMBARDÍA FERNÁNDEZ, C, *Costumbres de nacimiento, matrimonio y muerte en Asturias. Encuesta del Ateneo de Madrid 1901-1902*, Gijón, Fundación Municipal de Cultura, Educación y Universidad Popular, 1998.

- DE LLANO ROZA DE AMPUDIA, Aurelio, *Del folklore asturiano. Mitos, supersticiones y costumbres*, Oviedo, IDEA, 1972.
- MADOZ, Pascual, *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, 1845 – 1950, Valladolid, Ámbito Ediciones, 1985.
- RENDUELES LLANOS, E, *Historia de la villa de Gijón*, Gijón, Imp. De El Norte de Asturias, 1867.
- SUÁREZ, José, *Los cementerios y su emplazamiento*, Oviedo, 1906.
- *Novísima recopilación de las leyes de España, t. VI, Tít. III, Suplemento, Ley I: Sobre la construcción de cementerios fuera de poblado para el entierro de cadáveres*, Madrid, Ibarra, 1806.
- *REAL CÉDULA de S. M. y Señores del Consejo en que por punto general se manda restablecer el uso de los cementerios ventilados para sepultar los cadáveres de los fieles y que se observe la Ley II, Tit. 13 de la Partida Primera, que trata de los que podrán enterrarse en las iglesias, con las condiciones y declaraciones que se expresan*, D. Pedro Marín, Madrid, 1787.

### **6.3. Fuentes escritas**

- JOVELLANOS, Gaspar Melchor, “Testamento por comisario del Excmo. Sr. D. Gaspar Melchor de Jovellanos, otorgado en el castillo de Bellver en 2 de julio de 1807”, en *Inauguración de la Estatua de Jovellanos*, Gijón, 1891.

### **6.4. Fuentes orales**

- Manuel Coya Señor, encargado de Funeraria Gijonesa, S. A.
- Onofre Canal Álvarez, enterrador de la parroquia de Fano, Gijón.

### **6.5. Fuentes hemerográficas**

- El Avance, 1931 – 1937.
- El Comercio, 1839 – Actualidad.
- El Noroeste, 1897 – 1936.

### **6.6. Fuentes gráficas**

- Museo del Pueblo de Asturias (M. P. A.)

Fondo fotográfico

## VII. BIBLIOGRAFÍA

- ARIÉS, Philippe, *El hombre ante la muerte*, Madrid, Taurus, 1987.
- ARIÉS, Philippe, *Historia de la muerte en Occidente. Desde la Edad Media hasta nuestros días*, Barcelona, El Acantilado, 2000.
- AGUILERA PORTALES, R. E. y GONZÁLEZ CRUZ, J., “La muerte como límite antropológico. El problema del sentido de la existencia humana”, en *Gazeta de Antropología*, nº 25 (2), 2009, artículo 56.
- BARLEY., Nigel, *Bailando sobre la tumba*, Barcelona, Crónicas Anagrama, 2000.
- BAUDOUIN, Jean-Louis Y BLONDEAU, Danielle, *La ética ante la muerte y el derecho a morir*, Barcelona, Herder, 1995.
- BARALLAT Y FALGUERA, C., *Principios de Botánica Funeraria*, Barcelona, Alta Fulla, 1984.
- BERMEJO LORENZO, Carmen, *Arte y Arquitectura Funeraria. Los cementerios de Asturias, Cantabria y Vizcaya (1787 – 1936)*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo, 1998.
- BERMEJO LORENZO, Carmen, *Las Necrópolis de Santander. Evolución histórica y análisis artístico*, Cementerio-Jardín de Cantabria S.A., Ayuntamiento de Santander, 2005.
- CAMPIONE, Francesco, “El uso del cementerio como expresión cultural de la elaboración individual del duelo”, en *Una arquitectura para la muerte. Actas del I Encuentro Internacional sobre los Cementerios Contemporáneos*. Sevilla, 1991, pp. 99-106.
- CÁTEDRA TOMÁS, María, *La muerte y otros mundos: enfermedad, suicidio, muerte y más allá entre los vaqueiros de alzada*, Madrid, Júcar, 1988.
- CRABIFFOSSE CUESTA, Francisco, *Constantino Suárez, fotógrafo (1920 - 1936)*, Gijón, Fundación Municipal de Cultura, Educación y Universidad Popular, 2002.

- FERNÁNDEZ TRESGUERRES, Alfonso, *Alfa y Omega. Nacer y morir en Asturias*, Oviedo, Eikasía Ediciones, 2006.
- GARCÍA MARTÍNEZ, Adolfo, *Antropología de Asturias. I. La cultura tradicional, patrimonio de futuro*, Oviedo, KRK Ediciones, 2008.
- GONZÁLEZ-QUEVEDO GONZÁLEZ, R., *Aspectos de la muerte en Asturias. Un ensayo antropológico*, Granda-Siero, Ediciones Madú, 2002.
- HARRIS, Marvin, *Antropología Cultural*, Madrid, Alianza Editorial, 1990.
- HERTZ, Robert, *La muerte y la mano derecha*, Madrid, Alianza Editorial, 1990.
- JIMÉNEZ LOZANO, J., *Los Cementerios Civiles y la heterodoxia española*, Madrid, Taurus, 1978.
- LÓPEZ LÓPEZ, R. J., *Comportamientos religiosos en Asturias durante el Antiguo Régimen*, Gijón, Silverio Cañada, 1989.
- MARTÍNEZ, Elviro, *Costumbres asturianas*, León, Editorial Everest, 1982.
- MORIN, Edgar, *El hombre y la muerte*, Barcelona, Kairós, 1974.
- MORO BARRAÑEDA, J. M., *Las epidemias de cólera en la Asturias del siglo XIX*, Universidad de Oviedo, 2003.
- DI NOLA, Alfonso M., *La muerte derrotada. Antropología de la muerte y el duelo*, Barcelona, Belacqva, 2007.
- PIÑERA, Luis Miguel, *Esquelas y notas necrológicas en la prensa de Gijón a finales del siglo XIX*, Gijón, 1997.
- PIÑERA, Luis Miguel, *Los otros cementerios de Asturias*, El Comercio, Asturias, 1997.
- QUIRÓS LINARES, Francisco, *El jardín melancólico. Los cementerios españoles en la primera mitad del siglo XIX*, Lección inaugural del curso 1990-1991, Universidad de Oviedo, 1990.
- RENAUDET, I., “Entre trajectoire individuelle et imaginaire collectif. Les collections de photographies post mortem du Muséu del Pueblu d’Asturies”, en *La mort à*

*Loeuvre. Usages et représentations du cadavre dans l'art*, Presses Universitaires de Provence, 2013.

- SEGALÉN, Martín, *Ritos y rituales contemporáneos*, Madrid, Alianza Editorial, 2005.
- VAN GENNEP, Arnold, *Los ritos de paso*, Madrid, Taurus, 1986.
- VAQUERO IGLESIAS, Julio Antonio, *Muerte e ideología en la Asturias del siglo XIX*, Madrid, 1991.
- VAQUERO IGLESIAS, Julio Antonio Y FERNÁNDEZ PÉREZ, A., “Las actitudes ante la muerte durante el siglo XIX a través de los testamentos. Notas metodológicas”, en *Estudios de Historia de España. Homenaje a Tuñón de Lora*, t. II, Madrid, 1981. Pp. 487-500.
- VICENTE ARREGUI, Jorge, *El horror de morir. El valor de la muerte en la vida humana*, Barcelona, Tibidabo Edicions, 1992.
- VILA ÁLVAREZ, Nuria, *Un patio gijonés. La ciudadela de Celestino González Solar (1877-1977)*, Gijón, Ayuntamiento de Gijón, 2007.
- VOVELLE, Michelle, *Ideologías y mentalidades*, Barcelona, Ariel-Historia, 1985.
- VOVELLE, Michelle, “La crisis de los rituales funerarios en el mundo contemporáneo y su repercusión en los cementerios”, en *Una arquitectura para la muerte. I Encuentro Internacional sobre los Cementerios Contemporáneos*, Sevilla, 1991.
- THOMAS, Louis-Vincent, *Anthropologie de la mort*, París, Payot, 1980.
- THOMAS, Louis-Vincent, *Rites de mort. Pour la paix des vivants*, Paris, Fayard, 1985.
- VV. AA., *Una arquitectura para la muerte. I Encuentro Internacional sobre los cementerios contemporáneos*, Actas. Conserjería de Obras Públicas y Transporte, Dirección General de Arquitectura y Vivienda, 1993.

## VIII. ANEXO

### Fondo fotográfico

- Museo del Pueblo de Asturias



Fig. 1

Sacerdote leyendo un responso.

Autor: Anónimo.

Cronología: c. 1900.

Localización: -





Fig. 2

Desfile de un entierro en la calle Corrida.

Autor: Constantino Suárez.

Cronología: 1920.

Localización: Gijón.



Fig. 3

Entierro.

Autor: Alfonso.

Cronología: c. 1925.

Localización: Gijón.



Fig. 4

Entierro de Avelino Alonso Díaz (21.02.1936).

Autor: Constantino Suárez.

Cronología: 1936.

Localización: Gijón.



Fig. 5

Entierro.

Autor: Anónimo.

Cronología: c. 1930 – 1940.

Localización: Gijón.



Fig. 6

Entierro.

Autor: Anónimo.

Cronología: c. 1930 – 1940.

Localización: Gijón.



Fig. 7

Entierro.

Autor: Anónimo.

Cronología: c. 1930 – 1940.

Localización: Gijón.



Fig. 8

Entierro y comitiva fúnebre.

Autor: Ferrero.

Cronología: 1952.

Localización: Gijón.

## Fondo cartográfico

- Archivo Municipal de Gijón



Fig. 9

Recorrido de la procesión fúnebre en su paso por la zona urbana de Gijón.

*Plano de Gijón de Ricardo Casielles, 1910.*





Fig. 10

Recorrido de la comitiva fúnebre de Rosario de Acuña a través de la ciudad de Gijón.

*Plano General de Gijón y Puerto del Musel, 1932.*



Fig. 11

Necrológica de la muerte de Rosario Acuña, El Noroeste, Gijón, 08-05-1923.